

Empalme

Las nubes de frío arrasaron el celeste, la claridad temerosa del atardecer. Algo impreciso en el aire, que no era el color ni el viento, caía opresivo sobre el campo.

Las manos le temblaban, cubiertas de barro seco; ya no podía sostenerlas firmes. Tras ese temblor llegó un cansancio de todos los años, la repetición de ese único camino, inalterable secuencia de hechos que siempre terminaba con ese minuto de soledad, sentado en la orilla del río, mirando brillar el río en el estertor de la tarde.

Recogió las redes y las cargó sobre los hombros. La fuga del sol enfriaba el barro y los pies ya sentían también el frío filtrándose por los dedos, abrazando las plantas hasta dejar un dolor incómodo. Entonces otro pensamiento encadenaba los hechos y se enredaba con otros, siempre los mismos, la maraña de días que se sucedían: una fogata junto al tronco, el cuerpo recostado en la tierra, calentando los miembros, cocinando la carne, la fogata iluminando la noche que caía con toda su grandeza, ennegreciendo todo.

Ató la canoa al palenque y arrastró las bolsas de arpillera hasta el rancho. No estaba acostumbrado a ese silencio absoluto. Faltaban algunos años para que el silencio resultara un goce, el respeto a los sonidos de la fauna, la melodía del viento sacudiendo las ramas. En un momento de la tarde, ese momento, deseaba estar rodeado de gente, mirar a su lado y conversar con otra mujer, gritar su nombre, sentir la vibración de la música volando sobre las cañas.

Su madre esparció las piezas sobre la mesa y empezó a abrirlas, a desenredar las vísceras con los dedos. Con la mano libre del cuchillo le acercó un mate y fue necesario agudizar el olfato para llegar a la yerba inundándose de agua y calor entre el olor del pescado.

Todos ya habían cruzado ese límite que imponía el Salado a los que vivían de él, los que pisaban el barro del lecho con una confianza doméstica. A los siete años se había caído de la canoa mientras todos dormían en el rancho, que por entonces estaba lejos de la orilla. La ropa se le infló sobre el cuerpo y la corriente lo arrastró hacia abajo. Intentó abrirse paso hacia la superficie remando con los brazos; la línea que separaba el sol de la oscuridad quedaba a veces apenas por debajo de los ojos y otras le cubría la cabeza, lo llenaba todo de sombras luminosas. Cuando podía asomar la boca por encima de esa línea, gritaba con la garganta obturada por el agua, pero la quietud y la monotonía del paisaje –que muchas veces lo abrumaban con su belleza– lo estaban matando. Fuera de ese remolino de gritos y manotazos, era todo silencio. No pudo luchar más. El cansancio invalidó los músculos. No volvió a sentir, como aquél día, la resignación ante la muerte, ni la consciencia de aguardarla en paz, casi sin luchar. Caía lentamente cuando lo alzó de los pelos, desde la canoa, la mano de su madre. Cuando los ojos se le llenaron de luz, vio aquella sonrisa y en la profundidad de su pensamiento oyó por primera vez la voz, no la de ella, sino una voz hueca e irreconocible que le repetiría cada mañana: ese fue tu bautismo; el agua que te rodeó la respiración, que invadió cada orificio, es el sello, es la advertencia para que respetes y temas, y a cambio de ese temor voy a aplacar tu hambre, voy a darte un nombre, una especie, una manera de vivir.

Él también empezó a desgarrar las escamas. Enterraba el filo de un cuchillo enano, empuñadura de cinta aislante azul pálida, en la barriga de un sábalo. Cuando la hoja fue enterrándose en la piel recordó la noche anterior como la había recordado todo el día, esperando que su madre hiciera algo al respecto –como si le hubiera leído los pensamientos– que le diera vuelta la cara de un cachetazo, o que le cruzara las piernas con el talero.

Fue una noche fresca, con la brisa acariciando los cueros transpirados que se trasladaban en un vaivén por la cancha de básquet. Intentaba reconstruir el momento de mayor tensión. No llegaba a recordarlo

como un acto único, lo pensaba en ese instante y ordenaba la serie de hechos aislados: el comienzo, el motivo, la primer mirada, el gesto detonador.

Entre los colores que devolvían los cuerpos, el reflejo de las luces de navidad que adornaban las columnas de hierro, un par de piernas subían desde el mosaico y se perdían bajo la pollera. La mujer que caminaba sobre ellas, cruzada de brazos, despreciando los susurros y las manos que se extendían desde la hilera de merodeadores, levantaba la vista para comprobar que él aún estaba allí, que había comprendido el juego de espera y acecho. Fue él quien después de las miradas dejó pasar el tiempo, se estiró sobre la barra, refrescó varias veces la garganta con un trago desafiando la paciencia de la mujer, mirando por encima del vaso cómo ella empezaba a entrecerrar los ojos para atraerlo.

Esperó que el camino que lo separaba de esa sonrisa se despejara, que desistieran los cuatro o cinco que se alejaban con resentimiento. Cuando la última espalda dejó de ocultarla se abalanzó, pero ya no estaba. Sintió frustración, un vértigo inesperado. Recorrió la pista como quien busca una víctima: con esa mezcla de lujuria y odio.

Su madre levantó la vista de la mesa, lo hizo con cierta alarma. En ese espacio vacío de palabras lograba depurar los sonidos que nada tenían que ver con la naturaleza. Primero callaba el trinar, después el rumor de la brisa, el chillido de los trastos que colgaban de las maderas. Alguien se acercaba por detrás del rancho, arrastraba botas por los yuyos. Un tosido terminó por revelar la presencia.

Cuando era apenas una criatura se escondía en las malezas, se recostaba en la orilla o en el monte cubierto por los juncos que se quebraban en los temporales. Ella lo buscaba, simulacro de cacería. No respiraba. No movía ni una parte del cuerpo. Cerraba los ojos y se concentraba en escuchar los sonidos exteriores, los pasos que nunca oía, hasta que lo encontraba. Siempre lo encontraba.

Cuando la noche ya se jugaba por el aburrimiento y la frustración – ninguna otra mujer podía aplacar el capricho– la encontró en un rincón, enredada con un hombre que mostraba un mapa de tatuajes por debajo de la camisa. Pero ella sostenía aún la mirada sobre él, –o eso le parecía–, como si la hubiera fijado en ese punto ciego, nublando los detalles de alrededor, esperando que aparecieran sus ojos en la marea de gente. El alcohol ya le había dado el coraje y la audacia; las consecuencias eran solo hilos que sobran, gotas de sal que llevaba el viento del océano. Se acercó y extendió el brazo a las manos, las uñas manchadas de un color morado. Ignoró al hombre que se hinchaba detrás de ella. Ignoró, mientras sonreía con vanidad, que el otro hombre también mostraba –y tenía– esa audacia. Salió erguido del cubierto de la mujer y plantó su cara cerca de la de él, achicando el espacio donde cabían las palabras. Quedaron rígidos, sosteniendo la mirada, dejando pasar con una pena disimulada el tiempo del arrepentimiento. Ella no tardó en escurrirse entre los dos hacia un costado, para ver mejor cómo se mostraban los dientes. La ronda se fue cerrando. Las miradas acaloraban las espaldas de los hombres. Los hechos se desencadenaron inesperadamente. Ninguno de los dos –la suerte solo le dio a uno la posibilidad de saberlo– podría después relatar minuciosamente el comienzo. Uno era ingenuo e instintivo y el otro era confiado. El primero disparó un golpe a traición; sonó flácido y plano, pero apenas movió al otro de su posición. Entonces el segundo, despechado, bajó de la manga el cuchillo que no había rasgado más que barrigas de pescados y lo empujó a ciegas contra el bulto, rápida y secamente. Cuando sacó la hoja la vio manchada de sangre y mierda.

Nadie podía llegar fácilmente a la casa. Al norte, el río que los separaba de las primeras orillas de la ciudad y de los cañaverales. Al sur los matorrales que se levantaba hasta el alambrado que rodeaba una propiedad; alambres de púas abrazando un caserón y varios perros. Al este la ruta y al oeste nada, la línea oscura que partía el mundo y el cielo. Para llegar

bordeaban el asfalto hasta un sendero angosto, acechado por los yuyos que a veces se tragaban el camino. No había razón alguna para que fuera accesible. Solo para ellos y para las visitas ocasionales de Doña Magdalena. Era la única presencia que lograba asustarlos. Aparecía silenciosa, como un alma en pena, la descubrían sentada en las sillas o simplemente parada entre las ramas del sauce, sonriendo ante el sobresalto ajeno, mostrando las encías desnudas. Pasaban horas –ella y su madre– mirando un punto fijo, soltando suspiros.

Hubo gritos y golpes, botellas girando por el aire y un tumulto que se fue abriendo como un túnel. Corrió. Buscó el color distinto de la calle que se delataba más adelante con ramas y autos. En la puerta del club lo detuvo una voz desde el interior de un rastrojero. Abrieron la puerta desde adentro y le ofrecieron un escape antes de que la estampida lo alcanzara. No consideró una trampa, un engaño, la vuelta ominosa del destino; confió en el azar que hasta hacía unos segundos lo había bendecido. Subió al rastrojero y entre el quejido metálico y los gritos que se perdían detrás, ya recorría una calle entre paraísos, envuelto en el bullicio de la ciudad.

Decime Correntino.

La voz lo arrancó del recuerdo reciente, de la sangre que resbalaba apenas por los dedos.

Era una media cara oscura, con pliegues sobre los pómulos, ojos rasgados por el almanaque y la bebida. Miraban el rumbo, concentrados en alejarse de ese tiempo exacto de la muerte.

Apartó la mirada de la calle y lo miró esperando alguna respuesta. No hizo falta palabra alguna. Bastó una mueca que significó el agradecimiento, la deuda que iba a unirlos de por vida, aunque ya no volvieran a verse.

Cuando estabas por trenzarte te miraba. Parecías un lobo –le dijo–. ¿Viste alguna vez un lobo cuando está por cazar? Bajan la mirada, agachan el lomo y dejan las patas traseras en alto, para tomar impulso. No arrugan el

hocico –arrugaba la cara, mostraba los dientes–, miran con culpa, como esperando un reto o un golpe. Entonces, cuando la presa se confía, saltan al cuello y lo desgarran, lo sacuden hasta quebrarlo. Parecías un lobo, carajo.

Sonrió. Ambos lo hicieron. Sintió confianza y se recostó en el asiento dejando que el viento le azotara la cara.

Cruzaron la ciudad, el sábado inquieto, los pibes haciendo malabares en las esquinas, mirando el semáforo por detrás del giro de las naranjas, la procesión humana de la peatonal.

Frenó el rastrojero al pie de un puente. El Correntino le habló, esta vez sin el tono amable con el que había comenzado, la holgura que ahora se vencía con la rigidez de la solemnidad.

Bajate acá. Y haceme caso de lo que te digo: desaparecé por un tiempo, si podés rajate de tu casa; no comprometas a tu familia.

Gracias.

Vio las luces rojas alejarse por donde la claridad tragaba las estrellas. Se sintió solo y vulnerable por un momento. Cayó exhausto sobre la vereda, con un aluvión de posibilidades y temores que lo inmovilizaron. Se serenó. Se entregó al silencio y blanqueó la mente para disfrutarlo. Frente a él, contra una pared que desgajaba ladrillos húmedos y derruidos, la sonrisa de un hombre se manchaba de humedad en un afiche. Una cara cubierta de pelos oscuros, la cara de un hombre que era del norte, igual que su padre; alguien como ellos, que heredaba un país en ruinas, como el tapial que lo respaldaba. Un hombre que traía la incertidumbre y la ilusión precisas para él, en ese amanecer fundante del resto de sus días.

Se sorprendió cuando pudo comprobar que eran dos los hombres que llegaban desde atrás del rancho; habían dejado en marcha un vehículo a metros de la ruta, sobre la banquina. No llegaron juntos, cada uno por un lado distinto, rodeando la casa.

Lo andamos buscando a tu hijo. Anoche apuñaló a un muchacho de Santo Tomé, en el baile. No lo mató; está cagando en una bolsa. Así que decile que venga con nosotros, que no le va a pasar nada.

Dejó el sábalo abierto sobre la mesa. Miró al policía que le hablaba, ignorando al otro que revolvía las camas y corría la alacena.

No volvió de anoche. No sé dónde anda. Al río no salió, está ahí nomás la canoa, sequita.

Y a dónde carajo va ir. ¿A Disneylandia? ¿Cuántos años tiene?

Tiene veinticinco.

Las preguntas siguieron hasta que el silencio y la indiferencia los agobió. Cada vez que estiraba las respuestas con pausas largas y vacilantes, sentía un pequeño triunfo, un triunfo apañado de angustia, de soledad, imaginando a su hijo, niño, avanzando más allá del sendero posible de su geografía.

Los vio alejarse, contra el rojizo del crepúsculo. Los edificios de lejos perdían los bordes y eran las luces de las ventanas las que le daban ahora una entidad, un tamaño por encima del mercurio. Se sentó frente a esa vista y se miró las manos. Las posó sobre las rodillas, después las sostuvo hasta que pudo percibir un leve temblor, casi invisible y constante. Decidió quedarse allí hasta la oscuridad total, hasta que la negrura envolviera el rancho, su cuerpo, la ruta iluminada, el río y el mundo.

El tango sonó en la radio: “Pompas de jabón”, la voz juvenil de Goyeneche. No fue necesario distinguir cada palabra; el tango le recordaba la siesta de los domingos de su niñez, entonces corría a desenchufar el aparato antes de la angustia. Ya no intentaba mover el dial, solo había una estación y la suerte decidía qué escuchar.

Esperó la soledad de la siesta; por las calles no pasaba ni el viento, las ramas daban una sombra inútil y estática. Lo hizo como quien riega la tierra o revuelve la espesura de un guiso: con serenidad, con el pulso firme. Fue hasta el galpón, enfundó las manos en un par de guantes de trabajo y levantó el bidón que sacudía en oleadas el perfume del kerosén. Lo cargó con dificultad hasta el interior de la casa, tambaleando por el pasillo de muebles y cajas que lo llevó hasta el negocio. Siempre fue menudo, débil de brazos, la contextura armonizaba con la cara aniñada; cuando ya no tuvo aprensión por ser más varonil, dejó que las patillas le llegaran hasta las mejillas.

Las persianas y las ventanas estaban selladas; siempre en las tardes, cuando estaba cerrado, se mantenía la oscuridad para contener la frescura, para que los chocolates no se derritieran, ni los caramelos juntaran almíbar en los frascos.

Tomó el fondo del bidón con la derecha y empezó a volcar el contenido con cuidado sobre el mosaico, un chorro informe que caía y agrandaba un charco por debajo de las estanterías, después bañaba con chasquidos los colores de los muestrarios, las alacenas, las latas que brillaban con más severidad cuando húmedas.

Antes de alcanzar a rociar las golosinas reposó el bidón en el piso, quitó de su mano derecha el guante, el otro con la axila, eligió uno de los alfajores más grandes, se sentó en un banco y lo devoró. Cerró los ojos cuando la dulzura y la pasta se le adhirieron al paladar, jugó con la lengua

hasta liberarse de la molestia. Tragó con placer. Tiró el envoltorio en el cesto como si fuera determinante la limpieza en ese momento. Siguió sentado, deshilachando un atado de negros, también apartado antes de rociarlos. Llevó un cigarrillo a su boca y lo giró una vez para que no se le adhiriera a los labios. Se incorporó. Recostado en el marco de la puerta que comunicaba el negocio con el pasillo, prendió el tabaco con un fósforo y lo dejó caer, antes de morir su lumbre, en el interior del kiosco. Todo estalló en una bocanada de llamas tan solo en segundos, desprendiendo del infierno, por el techo y los escondrijos de los muebles, un humo negro y denso con una cabeza naranja, cuero incandescente que le recordaría años después a la imagen de los pozos petroleros incendiados por las tropas iraquíes en Kuwait. Otra imagen, construida en su mente desde el rencor –un rancho de su propiedad que alguien incendió por venganza, matando a sus animales y poniendo en riesgo su propia vida–, devendría en una inevitable asociación con este hecho que siempre se aparearía con su nombre, y acaso cada fuego de su vida, frente a los ojos, ya no era las llamas devorando los matices del kiosco, sino la rabia y la impotencia de ver desde cerca como el incendio masticaba su rancho, un pedazo de su orgullo, frágil como el papel.

Galindo no nació el día en que su madre lo expulsó del vientre. Ese nombre que adornaría las paredes de Empalme y después las de toda la provincia; ese nombre, ese hombre, nació esa tarde, a los diecisiete años, cuando prendió fuego al negocio de su madre para cobrar el seguro, algo que nadie pudo probar jamás y que la anécdota fundió en la historia.

Llego a la ciudad que se quiebra con los surcos que dejan las gotas en la ventanilla, las gotas que caen de los nombres que he escrito, los que han configurado otros días, le han dado ruido, forma a los recuerdos que hoy vuelven atropellándose; los nombres que hoy no tienen cara, salvo ese reflejo borroso que proyecta el pasado. Uno de ellos es Maximiliano, mi nombre, el que va perdiendo su cuerpo cayendo sobre Patricia, que es el segundo que escribí, acaso porque son pocos los que caben en el pensamiento, o porque es ella quien me ha obligado a volver a esto que había quedado enterrado bajo los años.

Intento saber si alguna vez caminé por esta avenida que se abre al sur, plateada, bordada por el vapor de los escapes, por el hálito de los que han salido temprano, cuando aún el sol estaba tibio. Los envidio; van a recorrer estas calles todo el día, a sentir el aire, las voces que corren por la atmósfera sin desaparecer –una vez oí en la Estación Fluvial los gritos de la cancha de Central que traía el viento del norte–, van a mirar a la gente, a sonreírle, a saltar de la camioneta para dejar mercadería, a barrer los cordones, a pensar en la vida de los otros y la de ellos mismos

Yo estoy llegando a la Estación Terminal y he decidido caminar hasta el hospital. Salir por Caferatta cuando la luz ya bordee los árboles del Patio de la Madera, cruzar las miradas sórdidas de los bares, oler las especias de las dietéticas, llegar hasta las vidrieras clausuradas de la Buena Vista –debe estar aún la escalera inmensa en medio del salón, la que subía rodeada de tablones rebalsados de telas– y doblar por Urquiza, la calle sin color, estática e inmutable, la calle que decidió envejecer entre las cortadas y los hoteles que sobreviven con la desesperación de los infieles.

Voy al encuentro de Patricia. Cuando la conocí teníamos apenas cinco años; de aquello solo hay reminiscencias, fotografías sueltas que no

pertenecen a ningún álbum. Las remembranzas firmes son de los años del colegio secundario, la edad en la que se derrumba la inocencia. No era entonces ni seria ni madura, como la han descrito las cartas. Yo tampoco lo era. En aquél tiempo, cuando adolescente, no conocía límites a esa demencia natural de creernos inmortales. Crucé todas las líneas y muchas de las historias que me reconocieron como audaz, singular, las premedité y las forcé para ella, persiguiendo su aprobación o tan solo su sonrisa.

No arriesgo a afirmar qué es lo que nos une. Sí que hoy regreso a ella con la certeza de sentirla aún, de alguna manera, estrechada a mi cariño.

Yo balbuceé cartas que llegaron a sus manos. Nunca hablamos de ellas. Fueron deslices que con el tiempo devinieron en pruebas extorsivas de mi debilidad, cuando había sabido construir una identidad invencible sobre toda derrota. Cuando decidí dejar Empalme, escapando de la desgana, del hastío, de las amenazas de Galindo, esa insistencia en desearla estaba intacta, sin que ella ni siquiera lo sospechara.

En Buenos Aires supe de su enredo con un policía de San Nicolás; quizá intentaba agrandar la distancia. Puedo imaginarla dejando escapar la confidencia cerca de quienes me escribían. También llegó la noticia de una noche que la encontraron inconsciente en el umbral de su casa –dudo que hubiera querido que eso llegara a mis oídos–, esa noche de la que hoy no se hablará, que intuyo es escondida y negada con vergüenza. Así la escuché por primera vez y así también llegaron hasta mí todos los rumores de su vida: velados, engañosos, para que yo no pudiera imaginarme, aunque no me importara, al policía levantándole el puño, su cuerpo desgarbado tendido en la vereda, absorbiendo el frío de la madrugada.

En esa mujer, ahora, está extinguiéndose el brillo que la hacía diferente a todas las mujeres que me rodeaban. Su sonrisa blanca, su voz, su conversación pueril e inagotable. Esa reunión de vitalidad y belleza es una ciudad en ruinas y debo imaginarme cuán derruida está, cuánto ha quedado en pie de todo aquello que supo confundirme en el sopor de lo que

llamamos querer. Mientras tanto ensayo las posibles reacciones frente a la peor imagen que he logrado recrear en mi mente: la sonrisa, el beso en la frente, la anécdota ingenua.

Levanto la vista hacia la estructura de hierro que sostiene la entrada del Hospital Centenario y que levanta también las telas percutidas y deshilachadas de los pasacalles, los pasacalles que denuncian algo sobre salarios y hambre. Avanzo por los corredores en busca de la habitación, adivinando algún rostro familiar en el desfile continuo de miradas que se empujan en los hospitales. En una sala con bancos, sentada, Alejandra –otro nombre que se ha desmembrado en la ventanilla–, nuestra amiga común, mueve las piernas como las movía antes de los exámenes, con la punta de los pies pegados al piso, subiendo y bajando el talón. A su lado hay un chico con los mismos ojos de ella: grandes, negros, abrazados por largas pestañas.

Quiero esperar y observar con calma esa escena antes de que lo adviertan. Quiero reservarme este minuto de soledad mirándola, dejando venir todo lo vivido, lo que nos hizo felices en la única porción feliz de mi existencia. Quiero recordarme, como si apagara una braza de cigarrillo en la piel, que era posible despertarse con la frente limpia y recibir el próximo minuto como quien espera un viernes a la tarde la llegada del fin de semana.

Sonríó. Siento una angustia dulce que me embarga. Enfrente ella también sonrío y ese nuevo gesto recobra su vieja expresión, sus dientes blancos, sus pupilas tristes. El abrazo es entrañable, honesto, pero incómodo sobre el final, porque la voz de Patricia nos arroja otra vez en el pasillo, en la puerta de esa habitación infranqueable. Los dos quisiéramos que fuera distinto: un abrazo de terciopelo, con el estímulo de la carcajada, con el mareo del humo y el alcohol. Pero hay una marca en la vida de todos, un destino que opaca cualquier voluntad; siempre fue así, a cada momento de pequeña gloria, de exaltación, sucedió la pena.

Hay un suceso, una noche del puñado natural y uniforme de noches que engordan ese pasado. Ésta resalta, vuelve y se instala en este presente cuando nada tienen que ver sus tonos con Patricia, con Alejandra, con este hospital en ruinas, con este nuevo ritmo del tiempo que ha comenzado en la mañana con la ansiedad de los regresos y que va reptando tranquilo hacia el remanso de las viejas conversaciones. Voy a llamarla “la noche del fuego”, porque así constituyó su entidad, en esa imagen que persiste: un auto deslizando su peso por la ruta, con extraña paz, veloz, quebrando la ventada y la oscuridad, temblando apenas como una estrella distante y atrás –todos mirábamos hacia atrás– una casa de fuego, un rincón de esa noche marcado por la luz del fuego, las chispas llegando al brillo manchado de la luna. Una bola ardiente que creíamos se veía desde los cuatro puntos cardinales, acusándonos, mostrando a todos nuestra debilidad, nuestro futuro sin luces ni destino.

Alejandra exagera el peso de sus piernas sobre cada escalón. Prefiere caminar al ritmo de Luca, pasos de niño, de tiempo pausado y lento para descubrir cada rincón, cada pedazo de ese nuevo lugar. Llegan apresurados hasta el pie de la escalera, y en ese instante piensa que no quiere llegar tan rápido, encontrarse sola en el pasillo donde se entreabren las puertas de las habitaciones como en un laberinto, y ver a Patricia vencida, con la obvia sentencia escrita en el gesto de todos. No cree aún en esta dimensión distinta de sus viejas relaciones en la que el simple transcurrir de los días puede terminar con la vida de su amiga.

Mientras irrumpe en la sombra vacilante que alteran los fluorescentes, anticipa las primeras palabras de ese encuentro que se forzarán incluso también cuando suceda: Hola Patri, cómo estás. No decir nada, abrazarla. Dejar que las manos apretando los hombros digan lo que hay que decir.

Alejandra recuerda y comprende que no es su primera vez en el Centenario. Allí había cuidado a su padre. Por eso este espacio fuera de su cosmos, excluido de la energía de la ciudad, se revela como una jaula ciega, sin oxígeno ni hendiduras. Tantos meses –ya había olvidado cuántos y vuelve forzada a la cuenta– tomando colectivos después del trabajo para llegar antes del cierre de la sala. Hay algo más allá de ese recuerdo que la aplasta en los pasillos, en las rejas oxidadas, en el olor.

Se sientan en un banco de madera, repleto de otros nombres, de frases que pretenden eternidad. Frente a ella reconoce una cara: detrás de las marcas inobjetables del tiempo, de las mutaciones del cabello, de las arrugas que se expanden desde los ojos hacia las sienes, hay retazos de aquella mirada exaltada y feliz de la plaza. Son las mismas facciones, acaso disimuladas por otros lugares, otras personas, el dolor que no se puede esquivar en ese rincón de la tierra, como si rasgara los afiches nuevos para

ver los viejos afiches pegados, la capa dura del devenir que esconde a Maximiliano, al chico inquieto y taimado que las protegía de todo, que compraba cada uno de sus caprichos y los llevaba adelante, aun cuando ellas mismas habían desistido de desearlos. Este marasmo los reúne después de años, de los años que los han visto madurar, alejarse, sufrir sin la compasión de los demás, y están perdidos en ese mundo o fuera de él, como las figuras geométricas que los chicos intentan encajar en el agujero equivocado.

Unas vacaciones –no puede estar segura si eran de invierno o verano– el pueblo estaba acosado por “la llorona”. Con harapos largos y cadenas colgando de los brazos, alargando llantos desconsolados y maldiciones, corría a los desprevenidos que volvían a la madrugada de Villa Constitución. Maximiliano las acompañaba todas las noches hasta las puertas de sus casas, con la esperanza y la excusa de alguna vez enfrentarla. Tuvo la suerte. Por algún motivo se había atrasado unos metros, y la Llorona cruzó desde la oscuridad de la vereda de enfrente hacia sus amigas. Maximiliano se adelantó corriendo y se le prendió del cuello hasta voltearla. Una vez en el piso empezó a patear el cuerpo enroscado, no paró hasta oír un verdadero llanto, quejumbroso y desesperado. Tuvieron que sacarlo entre el policía de guardia y el diariero, para que no la matara. Lo matara. Era Carlitos Mufarregue, el loco del pueblo. Con la boca ensangrentada, los brazos partidos por atajar las patadas, sonreía para que lo reconocieran. El comisario bromeaba después: hay que encerrar de una vez por todas al demente este, y al que se disfraza de la Llorona también.

Alejandra se acerca y sin mediar palabras se estrechan en un abrazo, un abrazo que ambos sienten como un desahogo, como un grito que explota desde las entrañas, que guarda en su intensidad la compasión y la duda, una duda irreconocible y extraña, que está referida a todo lo que son y lo que serán. Una duda que nada tiene que ver con la vigencia del cariño; esas convenciones están intactas, acaso el correr de los años las han percutido, pero en ese momento en el que una puerta los separa de algo que no quieren

vivir, son otra vez parte de un mismo tono y se toman de la mano para cruzar esa línea. Entran a la habitación y como si lo hubieran premeditado ninguno de los dos se deja sorprender por la cara delgada y pálida de Patricia, por la atmósfera siniestra que rodea la cama. Vuelven a abrazarse, esta vez los tres, y en la alegría efímera del reencuentro cruzan y se completan y Patricia no parece estar tan mal –piensan– y son ellos otra vez. Son, a los ojos de Alejandra, la foto en la puerta de la escuela: parados, apoyados unos a otros. En ese efecto de la imagen –aunque no la tenga entre sus manos puede recordarla– parecen siempre a punto de caer en la vereda, y Alejandra piensa que de ser así no les habría importado, se habrían abandonado a esa inercia, al pequeño vuelo, a la resistencia que suele ser más ridícula que la caída. Habrían terminado en la vereda, riéndose a gritos, rebotando el eco de las carcajadas en la campana del mediodía.

Maximiliano, con el guardapolvo descosido, manchado de tinta, acaso con una mirada más grave que evoca un tiempo en el que aún no ha descubierto la costra molesta de la miseria. Patricia, descalza, sosteniéndose en el hombro de Maximiliano, haciendo equilibrio sobre un pie, con las medias blancas que suben hacia la pollera, dejando ver las piernas bronceadas, fibrosas (Alejandra solía envidiar el cuerpo de Patricia cuando el suyo era delgado, incipiente, el pecho de un niño, las manos y las piernas flacas), aferrada con su brazo al cuello de su amigo, tratando de no caer y a la vez empujando hacia abajo para que él caiga.

No son los mismos mocasines los que están junto a la cama, los que seguro habría escondido Maximiliano en algún alero, en el hueco de un árbol. Son dos pantuflas que suelen dar calor a los pies que están ahora bajo las frazadas. Solo a veces se sacuden nerviosos, cuando todo el cuerpo ríe, ríe como siempre, y en medio de esa risa desahogada se abrazan y reprimen el llanto, lo hacen para que Patricia no perciba esa tristeza, para que no la margine de la euforia. Pero ella hace lo mismo y sin querer, como han hecho

tantas cosas, están riendo con un llanto adentro, un llanto que late en el pequeño agujero que deja el abrazo.

Luca observa. No puede ver la tristeza, pero siente esa opresión en el pecho que la hace tangible. Tampoco conoce la variedad inconcebible de enfermedades que han inventariado los adultos, pero intuye que la amiga de su madre, a quien solo había visto una vez en Empalme después de almorzar en la casa de su abuela, está sin cabello porque está enferma. Entonces enreda los dedos en su pelo y comprueba la consistencia de esas raíces hasta que siente un pequeño tirón que le confirma vagamente su salud.

El tiempo ha corrido sobre el día. Han invocado otros días, y han logrado por momentos ausentarse de ese lugar, volar en la burbuja invisible que solía elevarlos sobre el pueblo a otras ciudades, otros reinos. Maximiliano sale al pasillo y se reúne con Alejandra, con su hijo, y con Marta, la abuela de Patricia, mujer creyente, obstinada en su fe, con un rosario colgando de sus puños. Alejandra no concibe que después de haber perdido a su propia hija –la madre de Patricia– y ahora allí, cayendo en ese torbellino de desgracia, siga tentando aún la desilusión. Fiel al fraude, un fraude que no la aleja de la reflexión sobre lo inevitable, lo fatal; entonces así la creencia es contradictoria y Alejandra sonrío con culpa desnudando íntimamente esa falla.

A Maximiliano, en cambio, le recuerda a su infancia. Él sí cree en Dios, por eso acepta el encargo de rezar en la capilla del hospital.

Alejandra debe ir al Padre milagroso, en Parquefield. Ella lo hace por su amiga –se convence, incrédula, de que es un momento en el que los deseos deben ser cumplidos, en el que no hay lugar para la razón y las convicciones– y por Maximiliano, que le insiste para no afrontar solo el intento de lo que parece ya imposible. Ambos irán a esos lugares, cada uno por su lado, con la determinación con la que suelen llevarse a cabo las cosas que pueden cambiar algo a última hora.

El camionero miró con recelo a Lobo, que continuaba amurado a la puerta, con las manos aferrando el bolso.

Esto es el departamento Gral. San Martín, dijo, sosteniendo el volante con la mano inmensa y callosa, la otra sobre la falda; tratando de romper el sigilo, como si además de haber detenido el camión para recogerlo fuera también una obligación ocuparse de entretenerlo, ese extraño que solo aceptaba tragar el tiempo mirando correr los postes apresurados, la chatura indómita de Santa Fe, la pampa idéntica que varía el horizonte con algunos árboles y las columnas de humo que señalan la quema.

El Trébol, Pellegrini, San Jorge; allí está el molino, allí se trabaja por semanas, hombreado bolsas.

Pensaba esperanzado en el alivio de que el pasajero decidiera bajarse en San Jorge y que la soledad fuera otra vez un remanso en la turbulencia de ese silencio.

Aunque vos sos más del río, sabalero. No sé si te vas a bancar un laburo de fuerza.

Era la única referencia que le había dado ese joven taciturno, parco, con las manos dormidas sobre el bolso, que solo respondería lo estrictamente necesario para no ser descortés, pero lo suficiente para no delatarse: que su nombre era Aníbal y le decían Lobo, que solía ser pescador, que buscaba un trabajo y un lugar para vivir.

Después de saludar extendiendo la mano se bajó del camión sobre la vía y caminó algunos metros por un bosque de sauces y de pinos que habían llorado su corteza. Las parrillas desladrilladas, con manchas de hollín, quebraban el calor natural del sendero. La sombra, el fresco sobre sus mejillas, los hilos de luz que se rezumaban de las copas, lo llevaban a una

tierra distante, al recuerdo de un lugar de Itatí que visitó en su infancia, o a lo mejor al sueño que con el tiempo y la insistencia resultó cierto.

Tras la formación militar de los árboles, un paisaje que anticipaba la imagen de muchos arribos: el río de rieles, infinito, siguiendo camino con la misma soledad en las orillas. Y la estación. El nombre grabado con pintura blanca, letras sueltas apenas aferradas a la madera. El nombre del lugar para la espalda de los que pasaban por la calle lateral. Como pintado el día anterior para su llegada. Sus salones sin muebles, las ventanillas cerradas, polvorientas.

Pensó vagamente, sin escoger con certeza las palabras. Una estación sin viajeros –miraba los andenes de viento–, sin guardas, sin despedidas –arrancaba los yuyos que se trepaban a las columnas– sin regresos. Una película aburrida.

Dejó el bolso tras la puerta de un salón.

Después de entrar a la capilla que se descascara junto al hospital para cumplir una promesa que hice esta misma mañana. Después de mirar, como cuando niño, las caras de los santos y esperar que en algún momento muevan los ojos. Después de caminar por el sendero de bancos, llego al confesionario y me arrodillo en el extremo opuesto al que pude ver ocupado. Puedo ver la cara tajeada por la reja, el peso del juicio en los ojos, el trabajo arrogante de recoger las culpas y limpiar el alma con un trapo que ensucia todavía más.

Me llamo Maximiliano, Padre, y pequé. “He pecado”, para que el verbo le suene más familiar y solemne. Usted decide si tomo de mi vida solamente algunos hechos para hacer de esta confesión algo breve y aséptico, o si va a preferir la vida entera, desde el primer grito a este último llanto que escondí en la puerta de este templo, la casa de Dios, después de ver cómo, sin esperarlo, me llevan un viejo deseo.

¿Cuál es la penitencia, el castigo que pueda ser más cruel que esta tarde? ¿Cuándo se lo puede encontrar a Dios en casa, Padre?

Mi viejo se despertaba a las cinco; los inviernos cuando yo apenas asomaba la cabeza por debajo de las frazadas y los veranos cuando nadie había dormido, transpirados, pegajosos, volcándonos agua con una jarra en el pecho. Un curso de tiempo repetido y molesto que empezó una mañana cuando yo aún no había nacido y edificó esa existencia sobre una seguridad gris.

Llegaba a las seis al horno y derretía el acero hasta entrada la tarde. La materia indestructible que las manos enguantadas empujaban a ese infierno que volvía en un río plateado, incandescente. He visto ese río, Padre, y le juro que me he tentado de pasar un dedo por el caudal para que el brillo trepara hasta las muñecas.

Sonaba el despertador, tragaba unos mates, se asomaba desde el marco de la puerta de mi habitación, quién sabe para qué. Después viajaba al alba a que lo recibiera el portón magno y fantástico del orgullo industrial de la nación. Una vez, Padre, el portón estaba cerrado.

He visto a un hombre desmoronarse, pasar horas haciendo girar con el dedo índice un cenicero, con la mirada ausente, clavada en la pared del living. He visto a un hombre tomar cualquier cosa con alcohol hasta limpiar el culo de la botella, vomitar toda la noche sobre su cama. Su Dios sabe que he deseado darle la espalda a todo, cruzar la vía y perderme en el campo que suele parecer interminable, su frío y su luz. Porque en los tiempos del despido, del intento vano del kiosco, de los trabajos pasajeros, las concentraciones en la puerta de la fábrica, él había acerado el alma, se había resguardado del mundo –de mí, de sus antiguas amistades, de los pocos familiares que aún lo soportaban– y consumía el tiempo como podía.

Entregaron el boletín de calificaciones. Un cuatro en matemáticas Padre, no era aceptable, era una excusa para desatar su bronca. Borré la nota y usé tinta para corregirla; la tinta se expandió por la cartulina y una mancha fue devorando la libreta hasta formar una laguna oscura y rugosa. Esperaba lo peor. Jugando con ese miedo que no me permitía respirar, con una birome escribí en la parrilla de madera de la cama, debajo de ella, el nombre del asesino, el que vendría del club a la noche a matarme a golpes. Pero cuando llegó vio la libreta y se encerró en el baño varias horas, hasta que pude oír la caída de la ducha sobre las cortinas.

Pocas veces hiló más de dos palabras para hablarme; recuerdo dos: una voz agrietada y ambigua que intentó mentirme sobre la ausencia de mi madre. Hacía ya dos días que no la veíamos. La voz agrietada, desesperada por mi berrinche, me dijo que se había ido al cielo. Miré hacia arriba, sentado en el banco de la plaza, buscando entre las nubes la silueta, intentando escuchar su voz desde allí. A él le bastó que dejara de llorar para cerrar el tema y arrastrarme hasta la casa de un compañero de la fábrica.

Tenía que ir a buscarla a los pueblos vecinos: Rosario, San Nicolás, otros pueblos donde nunca la encontró. Ella también habría imaginado muchas veces cómo irse. Es posible, Padre, que ni usted ni yo podamos culparla.

La segunda fue para anticipar un golpe. Recuerdo claramente cada grito, los guiños que anticiparon la tensión de la bofetada.

No vuelvas a preguntarme más por mi trabajo, ni por el auto, ni por tu madre, ni por nada. No vuelvas a hablarme más.

Y obedecí.

Ahora estoy cerca otra vez, Padre. Las noticias llegaron borrosas a Buenos Aires y yo imagino esa casa, mi vieja casa de Empalme que lejanamente parece ser aquella, apagada y caótica. Imagino la humedad de las habitaciones, su cuerpo sobre el sofá, mirando canales de aire en una pantalla verdosa.

Sé que cuando la muerte lo decida, no la mía, voy a volver a esa casa a confirmar este ensueño. Voy a verlo cara a cara, si tengo la valentía de hacerlo, y voy a decir cosas que no pude dejar volar cuando subí a ese micro en la ruta. Pero antes que nada –aún no puedo explicarme la razón de esta piedad– voy a decirle que no me fui por él, que tomé esa decisión después de “la noche del fuego”, porque suponía –tiempo después alguien lo afirmó en un correo– que Galindo tenía que pagar con mi muerte ese error.

Hoy ya no interesa eso, ya no temo a la respiración húmeda de la venganza, a los “ajustes de cuentas”, como suelen decir los periodistas. Voy a volver a Empalme, Padre, a enfrentar mucho más que eso. Será la señal de que ha pasado lo que inevitablemente pasará. Cruzaré la vía que la anuncia, lenta y herrumbrada, al lado de los galpones que duermen su nombre. Entonces voy a adivinar las caras envejecidas, las mismas que se enrojecían en el sol del arroyo Pavón, mostrando los dientes en el desahogo de la risa, las mismas que se acercaron temblando a la mía y juntaron sus labios con los míos, las lenguas –perdone, Padre, no puedo ignorar ese recuerdo, sé que

va a llegar con las caras cuando las vea—, las mismas caras que ayer ya eran viejas y hoy serán tan solo un preludio de la nada, del polvo y la corrupción.

Voy a volver a mí, a lo que soy, a la materia agria y persistente de la que estoy hecho.

Alejandra viaja en colectivo a Parquefield, a cumplir su promesa. Piensa que fue un alivio salir del hospital y escapar de los pasillos que retorcían el aire. Tras la expiración y la breve caricia del pensamiento, sobreviene la angustia, cae como un alud al entender que es el primer día de muchos en los que el regreso a ese lugar será una orden ineludible.

Una mujer la mira desde el reflejo que devuelve la ventanilla. La cara tiembla sobre el empedrado, los párpados bañan la mirada, la cubren del frío de la tarde, la tarde que envuelve gris y sucia las veredas de Rondeau. El cabello muestra su castaño en los intervalos de sol, hasta que el sol desaparece, se pierde para siempre en ese momento en que los nubarrones ganan el cielo. Entonces solo se le ve la mirada, el iris oscuro, el contorno difuso de la nariz breve y delicada.

Sonríe sin ganas, lo hace para que esa mujer también le sonría. Pero no llega ese cumplido, no alcanza la luz para que brillen los dientes, el carmesí de su boca que desde ayer está apagado, y construye con un recuerdo lejano el resto de su cara: los pómulos flacos, los hoyuelos que nacen con la risa, las pestañas, las orejas ocultas tras los torrentes de cabello.

Desea conocerse, memorizar su cuerpo para estar segura de su existencia, porque vio horas atrás cómo los cuerpos son tragados por el azar, por el agujero atroz que va devorándose la carne, convirtiendo en despojo lo que antes estaba vivo.

Abandona el reflejo de la ventanilla y baja la atención hacia sus manos ateridas por el frío, por las botellas heladas que debe abarajar cada día en el bar, los dedos percutidos por la lavandina, las uñas carcomidas. Están recostadas sobre las rodillas y piensa, con cierto orgullo vergonzoso, que todos los hombres que la han visto desnuda le han dicho que sus piernas son largas, sensuales; piensa también que el último hombre que se lo dijo es

el padre de Luca y que jamás volvió a recostar la extensión de sus piernas en una cama revuelta, ante los ojos de un amante.

Sus pies están escondidos en el calor de las botas y no se enorgullece de ellos, porque así como sus piernas son largas sus pies también lo son: torpes, cansados de caminar la superficie mezquina del trabajo, de correr para llegar, de cargar pesos.

Vuelve a la ventanilla para mirarse a los ojos, para jactarse de ellos porque son enormes, rasgados por el filo de una dulce tristeza, y en el fondo de esa imagen empieza a ceñirse sobre la ciudad una tormenta, los torbellinos de hojas marchitas, la gente que corre en busca de reparo. Viene con furia a estrellar su brevedad sobre los hombres. Pronto estará esparcida sobre las veredas, sin aliento, cuando la calma anuncie su muerte; pero antes de eso va a justificar su nombre, a sacudir las puertas, a estallar parabrisas con sus legiones de hielo, a balancear los árboles hasta arrancarlos.

Las gotas se deshacen contra el techo y llegan otras tormentas desde su memoria. Mientras ve desatarse ese apocalipsis desea estar corriendo como todos bajo la lluvia, como lo hacía en Empalme, porque allí las tormentas eran hermosas. No salían repentinamente desde atrás de los edificios, revelaban el ímpetu por el horizonte y avanzaban desde el sur, oscuras y gigantes. Junto a los demás chicos que se mareaban en bicicleta por la plaza, las esperaba hasta que el agujijoneo de las gotas era insoportable, hasta que los gritos de su abuela se perdían en los truenos. Entonces corría a su casa, abría el postigo de la puerta de calle y veía, con miedo y satisfacción, el granizo tapizando la calle de tierra, castigando las ramas, aturdiendo a los pájaros de la ciudad que llegaban hasta allí para dormir. No saltaban las alarmas, no se oían las sirenas. Solo el crepitar de la lluvia sobre los toldos y su risa nerviosa mientras abrazaba las piernas de su abuela, mientras la brisa fresca volaba las cortinas.

Muchos años después, quizá la navidad anterior a esa tormenta de ciudad –Alejandra no puede aún ordenar con eficacia el pasado– su abuela

les dijo, recordando los días de kermés, el otoño en el que las montañas de hojas ardían en las esquinas:

¿Te acordás nena de todo eso? Éramos felices y no nos dábamos cuenta.

Ahora entra al barrio de los edificios idénticos, las ramas esparcidas por las baldosas, corriendo bajo los aleros, los chorros arteros que caen desde los balcones. Ya está frente al templo que intriga desde hace tiempo a la ciudad. La entrada es austera –no como el edificio, que se levanta monstruoso y moderno entre los viejos apartamentos del barrio Rucci, que fue construido, según dicen, con aportes del tesoro nacional–; los bancos largos, las figuras de yeso que rodean la sala. Al final de la fila está el hombre. En la columna de cuerpos que termina en él, Alejandra puede ver las manos morenas consolando otras manos. En la mitad de la cola, dos abuelos reciben un Jesús negro; lo mecen. El hombre dijo que se lo dieran. Alguien le comenta a los que piden por un nieto enfermo les dan el Cristo de ébano. Él sabe qué los llevó hasta allí, conoce las historias de todos los que cruzan la entrada. Alejandra, sin saber exactamente por qué, empieza a llorar y advierte que ya todos en esa fila contienen lágrimas. Una mujer con el rostro acalorado cae a sus pies, y en el piso escucha, lloriqueando, las palabras que emanan de la boca del hombre que se ha puesto también a su altura para hablarle.

Él sabe que ella fue por su amiga, que fue en busca de un milagro para salvarle la vida, para quitarle, como si nunca hubiera existido, una mancha en la cadera que está invadiendo los órganos, para que después los médicos vean las últimas placas y digan que es un milagro, que nunca ha ocurrido que alguien pudiera acertar un diagnóstico con tan solo imaginar un cuerpo, dibujarlo en la mente a partir de un nombre, ver el tumor suspendido en una silueta, latiendo, con tan solo cerrar los ojos.

Es su turno y el hombre, el padre milagroso, la abraza, la consuela y le susurra al oído: ella va estar bien.

Alejandra siente una paz inusual, una paz que libera la hiel y el nudo que le aprieta la garganta desde su llegada, esa misma mañana, al hospital. Más tarde, por encima de las vías, de los trenes quietos que se ven desde el viaducto, se repite una y otra vez esa frase: “ella va a estar bien”, “ella va a estar bien”, y comprende que no va a estarlo; quizá sí para los que sostienen, como ese hombre, la ilusión inútil de que todo continúa en otra parte.

Lobo se miró las manos, las piernas, la sombra que por primera vez se apoyaba en la pared de otro lugar, y sintió que la conciencia del joven que se escondía bajo su piel hasta ese pensamiento, había desaparecido.

Por debajo de los puentes que traían los autos y las gentes de lugares que ni siquiera eran Santa Fe, ni su centro, ni las avenidas conocidas, la calma fue el fondo de su niñez: los cañaverales secos, los senderos que acercaban el entusiasmo de las aventuras. Años después, en esa estación que inquietaba la vertiginosa existencia de la ruta, deseaba volver a su río, acariciar el espejo, marcar el camino con la estela de los dedos. Allí no había calor ni dudas, solo el ritual de la pesca, el abrazo del hombre con el Salado, el trueque primitivo que le daba a uno comida y al otro el nombre.

En ese río que en los años del diluvio extendía sus orillas hasta su terreno, arrastrando chapas, muebles, chatarras, cuerpos, se recordaba parado en el techo del rancho que temblaba, acechado por la furia de la corriente, esperando que todo se fuera con el cauce; su madre llorando junto a él, aprovechando los truenos y el ruido del agua para gemir.

Cuando la luz se anunciara en las ventanas esmeriladas por el polvo, sería la hora de su primer trabajo. Sintió, quizá por primera vez, que su vida retomaba un curso, un orden que lo fijaba a la inestabilidad de una maqueta.

Por la tarde había sufrido un rechazo y segundos después la esperanza había vuelto, jugando ciega con su fortaleza. Agüero, el capataz del molino, le había respondido la solicitud con cierta piedad y resignación.

No, pibe, ahora no. Perdoname pero no. Tomábamos gente para hombrar bolsas cuando se vendía bien, pero ahora con cuatro o cinco me alcanza.

El chico de manos grandes, de piel curtida –sin esa antigua conciencia– no contestaba, no arrugaba la cara ni se llenaban sus ojos de lágrimas; no rogaba ni decía “entiendo, pasa en todos lados”, ni

desenjaulaba la agresividad, tomado por la impotencia. El chico de manos grandes estaba frente a la primera vez que pedía un trabajo a un extraño y solo se recostaba en las palabras ajenas, dejándose llevar por esa voz que le decía que no, como si detrás de esa respuesta, ese hombre, como tantas veces su madre solía hacer, le fuera a decir cómo salir del paso. Cuando nada llegó después de ese segundo en el que nadie soltó un sonido, con la garganta cerrada por la pena –el chico no decía, pero sentía– se defendió:

¿Ni siquiera una changa, algo para poder ganarme el pan?

Mirá, mañana a las seis andá a la puerta del cementerio, ahí el intendente me encargó un trabajito de limpieza del campo que está lindero. Andá y ganate unos mangos.

Dijo gracias dando la espalda, llevando la vergüenza a la calle, esquivando la mirada de los peones que desfilaban con los bultos en los hombros, el cabello blanqueado y la boca salivosa.

¡Pibe! ¿Cómo te llamás? Por ahí yo no llego y te toma lista otro muchacho.

Me llamo Aníbal, pero me dicen Lobo.

Pensó en un buen comienzo, en el mar celeste que se invadía de oscuridad, que había cubierto sin manchas las copas de los árboles, los paraísos, los ceibos que se perdían en la calle hasta el fin de los caseríos. Lobo creyó en esa ciudad, en su gente, que con el tiempo sería uno de ellos, silencioso, amable, que al verlo lo reconocerían como un hombre, un trabajador que había venido hacía muchos años a San Jorge a prosperar, a formar una familia. No se detuvo en los procesos, no era el momento. No la mujer que le daría los hijos, no los años en los que crecería en su trabajo, sino la pintura terminada, el resultado. Eso era acaso la pared más cercana de su horizonte, el anhelo, el primer deseo de felicidad.

La noche era un manto de grillos que le daban voz a la oscuridad. Una pared a un metro de la mano que sostenía la brasa del cigarrillo, una

estrella en el teatro de Praga, un faro para los trenes que ya nunca iban a surcar la soledad de los durmientes.

Pasará mucho tiempo –pensó– hasta que el techo de vigas, la habitación desolada y la estufa vertical fueran su casa; para que ya no hubiera escalofríos, ni ojos abiertos entre el sueño.

Al regreso del molino, siguiendo las vías, había visto la estación desde lejos y había imaginado que ese lugar, en tiempos de carretas, de leche en tarros, de trajes polvorientos, había sido reunión de viajeros y de despedidas. Sin las señales que su imaginación cancelaba, podía ser un hogar digno en un barrio con semáforos, kioscos, almacenes, locutorios. Podría guardar allí la acostumbrada presencia de un televisor, una heladera, un perro que lo recibiera a los saltos, un umbral, una nochebuena con luces pequeñas prendidas de los marcos, con besos y brindis.

El sueño llegaba cansino, abriendo huecos en la penumbra, los ojos –acostumbrándose a esa nueva noche– que avistaban el contorno de los rincones, la silueta sombreada del piso, la forma de las puertas, como alguien a quien la ceguera sobreviene a su viejo mundo de claridad. Quiso oír –muchos creen oírlo, pensó, es el deseo– la voz de su madre pidiendo agua, que cierre las ventanas para impedir el paso del viento, de los mosquitos. No le temía al asalto del recuerdo. Nada anunciaba ni advertía. Era acaso el deseo de que su madre estuviera presente, no para mitigar el miedo o la soledad, sino para terminar de reconocer esa casa como propia.

Su tío Abel había muerto de un infarto en la soledad de un galpón. Cayó de la silla, con el mate en la mano, una tarde en la que la hermana –la madre de Lobo–, a varios kilómetros de distancia, presintió esa muerte con un desmayo. Se desvaneció frente a él, en el mismo instante en el que Abel caía, con las manos apretándose el pecho, su cabeza abriéndose contra un ladrillo e invadiendo con sangre la tierra.

La noticia llegó esa misma noche. Los cabos se ataron. Ella le dijo, aspirando el llanto al despertar del desmayo: es mi alma, que se quiso ir con

él. Muchas otras veces oyó de su madre aquel relato y se fue convenciendo que la muerte se anunciaría de la misma manera, con un presentimiento físico, un desmayo o apenas un mareo. Solía vigilar su cuerpo, cualquier señal que pudiera anunciar la desgracia.

Encogió los pies debajo de las frazadas, escondió también las manos entre las piernas para salvarlas del frío y no lloró por lo dejado atrás: por el río, por su madre, por la vida inmensa y primordial de su tierra. Se jactó de su novedosa libertad, de la vana aventura, del comienzo que rumbearía en la mañana. Cerró los ojos y el cansancio lo venció.

Se frotó la cara con el agua del tanque, enmarañado de ramas y hojas de madreSelva. La tierra endurecida por la helada se quebraba bajo sus pies. El azote del agua fría lo animó. El estómago precisaba calor y extrañó el mate y el pedazo de pan tostado, pero como se extraña algo que puede volver a tenerse: sin nostalgia, sin desesperación.

Cruzó la línea de pasto que separaba su casa de la calle, la que dos calles más arriba se cruzaba con el camino al cementerio. Ese camino arbolado, bordeado por plátanos parejos y frondosos, llevaba a la última estancia de San Jorge y era hermoso –pensaba Lobo mientras lo caminaba, kilómetro a kilómetro, sabiendo que, a diferencia de todos los peregrinos de ese camino, a él lo llevaban otros motivos hasta la puerta de hierro del final– con una pátina de flores en las banquetas, con la sombra y la brisa de un lugar extraño a esa ciudad, a esa tierra que insistía con horas de llanura y verdes absolutos. Ya cerca ladeó las miradas de dos mujeres que volvían a un auto, con gesto adusto, con la nostalgia prendida del silencio. Habían recordado, arrodilladas ante un nicho, los años de felicidad, el calor de los cuerpos que ya eran polvo, las navidades ruidosas, las comilonas en el ardor del verano, las vacaciones mojando los pies en los arroyos raquíuticos de las sierras. Otros, martes a la mañana, cuando la soledad abrazaba los pasillos, lavaban los floreros oxidados en las canillas del cantero. Aún estarían allí los muertos queridos que de noche asomarían sus ojos nublados desde adentro de los panteones, para ver si habían limpiado el florero, si lo habían provisto de jazmines frescos o de violetas salvajes de la banquina.

Los nichos de los pasillos más cercanos al campo lindero, donde los esperaba Agüero, eran distintos: nuevos, brillantes. Las fotografías, que no eran verdosas ni blanquinegras como las demás, eran de personas jóvenes – le resultaron siniestras, incorrectas–, eran caras que sonreían en otro lugar,

ajenas a esa desolación. Cartas escritas con fibra, cursilerías tristes de noviazgo, dibujos, envoltorios de golosinas adornando las tumbas.

Saboreó el mate cocido, sorbo a sorbo, para que cada ola le llenara la boca, para que rozaran el paladar dejando ese gusto entre amargo y tibio. Agüero hablaba de los trabajos con los ojos más allá del terreno, pensando quizá en personas y hechos que nada tenían que ver con esa mañana que ya calentaba las espaldas.

En la distensión del final de las palabras del capataz, preguntó por las tumbas de los jóvenes. Uno de los peones que junto a él tragaba el desayuno, le respondió cerca del oído: muertos en la ruta.

Lobo imaginó que habían perdido la vida entre los hierros retorcidos de un auto; los miembros destrozados, los zapatos lejos de los pies. Tan jóvenes, terminando con todo en una noche porque sí, por la estupidez de no comprender que los límites, vivir o no, están pegados, cerca de nuestra nuca, en el próximo paso. No había azar, ni desgracia. Tantos muertos que hablaban allí de eso.

Una noche, hacía poco tiempo, alguien que él había conocido fugazmente, había perdido la vida por el alcohol, por la idiotez, y él había sido el otro, el infame e impredecible otro. No lo inquietó el pensamiento; era ya un recuerdo lejano. Bajó la mirada y guadañó el césped hasta la tarde.

Las bocinas golpean la ventana, hacen vibrar el cristal que se achica en los bordes con pintura y tierra; pero a través de él no se ven los autos ni el asfalto, sino una ilusión que llega desde la memoria que todos guardan de la ciudad.

Alejandra está sentada al extremo de la cama, apenas perdiéndose en la sombra, porque entran rasguños de luz verde y azul de la calle imaginada. Mira en silencio a Patricia, al cuerpo de Patricia como si fuera un objeto extraño a la mujer, a la joven que fue estirando esa piel desde adentro. Intenta recordar a esas niñas que agitaban la siesta, que saltaban al abismo de la pileta, que descubrían los contornos de Empalme. Por detrás de las vías, ladrillos, cornisas y campo, donde vivía la familia del primer hombre, el que murió bajo el techo que levantaron sus propias manos, que enterró a los hijos en la tierra fértil de su propiedad, a la mujer, a sus tantos perros; cuando las palabras se agotaban pronto en el día, cuando para llegar a una casa ajena había que aguzar la vista, entrever la niebla o la lluvia.

Vuelven apenas las voces perdidas en el trinar, en los susurros del campo y de la siesta y entiende que puede separar la voz de Patricia del cuerpo fónico, pero no la suya. No su vieja voz. Tampoco su imagen. En ese segundo en el que intenta recobrase en el pasado, comprende que un retazo de su niñez ha sido arrancado de su mente, que las imágenes que vuelven entre las sombras del cuarto han sido anexadas, prendidas con alfileres a un rincón del inconsciente. Otras voces son las que han escondido en su memoria el relato de esa tarde, el momento exacto que marcó el comienzo de un tiempo muerto y blanco hasta el día del regreso de su madre, tiempo del que solo atesora flashes como en una vidriera de galería: una repisa de madera oscura, pendiendo en la pared del bar frente a la cárcel de Devoto, donde su abuela le quitaba la ropa de viaje y la deslizaba por debajo de un vestido. La reja blanca de una quinta y solo esa reja, como si flotara en

soledad, sin pared que la sostenga. La mirada extraviada y sufrida de un pony.

Aquella tarde la acechaban a su madre, la habían cercado. Volvían de Villa Constitución en el auto del director de la escuela, un compañero del partido (ha memorizado cada detalle para no faltar al testimonio). Camiones verdes rondaban las manzanas de la ciudad, llegaban sus siluetas desde la voz que los advertía en medio del camino. Mientras tanto, ella y su hermana miraban el horizonte cerrado por la ventanilla, el sol que caía por detrás de un pinar, la belleza promiscua e indiferente y sin embargo el destino, las paredes del cielo que se cierran sobre todos. La única esperanza, pensaron los adultos: envueltas en una frazada, las dejaron acurrucadas en una zanja al costado de la ruta para que su abuela las recogiera.

Su padre pudo escapar. Tenía una facilidad innata para desaparecer, para fingir el olvido de los afectos, de los compromisos; para sobrevivir. Podía embarcarse y llegar hasta Singapur, esconderse en una casa en Pueblo Esther o caminar por la capital, confundido entre la gente y el desorden de las calles.

Después de chequear y ensamblar en la vigilia cuatro años dispersos, de recorrer cada uno de los implantes que arma y pega para tener un pasado, llega a la tarde del regreso de su madre, donde recomienza el registro de su vida como en otro nacimiento, y siente el piso debajo de sus pies, que todo está controlado, que los fantasmas se irán, si aquello alguna vez se fue.

Ahora, mientras vela la salud de Patricia, quiere volver con ella a otro tiempo, al patio de la escuela en el recreo, en esa oscuridad de la habitación, sonriendo, mostrando huecos en la hilera de dientes de leche, paseando una inocencia que no conocía este presente, ese sentimiento extraordinario de que la vida es infinita, que quedan solo pedazos sanos dónde morder la manzana. Lo quiere así, solo ahora, cerrar los ojos y saltar junto al mástil, recostarse en esa cama vacía y dejar que llegue el sueño y las lleve a ese lugar. Más por ella que por Patricia, que solo es un cuerpo

enfermo en esa soledad, un cuerpo cumpliendo el designio que lleva en su sangre: la madre, que vivió tan solo hasta los cincuenta años, sin ambos pechos, la mancha invadiendo desde allí casi toda la carne. Las tías paternas; la mayor que se fue a morir a Mendoza –solo lo supieron cuando alguien llamó buscando deudos–, como si hubiera sido una vergüenza perder el pelo, mostrar los huesos adheridos a la piel; y la loca, que vivía en una casa deshecha, cubierta de trastos sucios y revistas, de peceras cubiertas de musgo. Jamás pudieron diagnosticarla. Odiaba a los médicos. Solo dejó que la mancha hiciera su oficio, pudriendo bajo el vestido. Cuando la encontraron –contaban aterrados los vecinos, el enfermero de la asistencia pública, como si fuera una historia de aparecidos– era una momia incaica, un monstruo hediondo y sufriente.

La noche ya es silencio, tan solo la agitan el rugido de los colectivos o los murmullos de los pacientes. Alejandra envuelve a Patricia con la mirada, la oculta del frío y de la oscuridad, y por un momento la ve como quiere verla, la viste a capricho, con las mismas prendas del boliche de los sábados o de las vueltas domingueras por el centro de Villa; le pinta aquella vieja sonrisa, desfachatada e indolente, y la hace hablar, y ella habla, aún con la boca cerrada y los ojos dormidos, ella habla y dice de sus amores, de sus sueños, de los viajes y de la moto, de la fiesta y del viaje de estudio, de la amistad para siempre, de que pareciera que todo es para siempre.

Un brillo artificial interrumpe la quietud, antes que el sonido quebradizo y metálico de la camilla que rueda delante de dos enfermeros. Los acompaña un hombre que lleva en la boca el peso de la espera. Con una obsesión –advierte Alejandra– por depositar de alguna manera rápida y eficiente a ese otro hombre que viaja flácido en la camilla, exangüe, rodeado de sondas y pintado por los desinfectantes.

Siente vergüenza de su prejuicio, de su maldad, pero es ya una realidad que va a contaminar lo que resta de su nueva relación con ese hombre –el que acompaña la camilla– y probablemente sienta ese recelo cada vez que vea al viejo convaleciente en la cama contigua.

Lo acuestan, lo llevan suspendido en una sábana con los miembros inertes balanceándose a los costados.

Alejandra sale al pasillo alarmada por la desnudez y enfrenta en el desierto oscuro y concurrido al hombre cansado, obligada a interesarse por el dolor ajeno; una costumbre odiosa y necesaria de lugares como ese.

¿Lo operaron?

La pregunta fue antecedida de comentarios pueriles sobre el calor de la habitación, el agotamiento de la espera, pero el hombre recortó del instante, de las palabras de esa mujer que no conocía y que se había sobresaltado con su entrada, solo esa pregunta para contestarla y cumplir también con la forma.

No, tuvo un accidente cerebro vascular ayer a la noche –compungido, en voz baja, mientras asoma la cabeza dentro de la habitación para vigilar el trato de los enfermeros– pero ya venía mal, con episodios de demencia senil, qué sé yo. Muy mal.

Termina la frase con un suspiro, los ojos cerrados. Alejandra opta por no decir, por consentir con un gesto la gravedad de la historia, la vida de

ese hombre que llega al tramo final del deterioro humano, testigo de la atroz perennidad de los cuerpos.

Se despiden en susurros. Ella entra en la nueva oscuridad del cuarto y el viejo la mira y mira a Patricia, queriendo entender quiénes son, en qué punto del periplo ha recalado en ese lugar. Alejandra le sonrío para recibirlo con calidez, para hacerlo sentir cómodo. El viejo mira al techo y casi con temor comienza a llorar, arrugando la cara, apretando con los puños el extremo de las sábanas.

Dos horas después se despertará Patricia. Seguirá empecinada –todos lo agradecerán– en evitar conversaciones sobre su salud. Alejandra llamará a su madre para escuchar que Luca ha dormido bien y tomará otro ómnibus hasta su departamento. Subirá las escaleras solitarias, abrirá con cansancio y desahogo la puerta del monoambiente y se desplomará en la alfombra hasta retomar la fuerza para llegar hasta la cocina y decepcionarse con la heladera vacía. Oirá canciones de otros años, alguna le recordará a Patricia: *Take my Breath away, I wish you where here*, de Pink Floyd.

Alejandra había llegado a estudiar a Rosario con una ilusión difusa. No había un nuevo comienzo, sino la continuación de un peso viejo, con otros escenarios, otros personajes. Allí, en ese lugar que pretendía hacer suyo, vivía desde hacía un tiempo su padre, en un taller que juntaba figuras herrumbrosas, irreconocibles tras la costra de la mugre. Después, con el tiempo, iría fundiéndose con el desorden y la inutilidad de los trastos, el cuerpo menguando en la agonía; en ese mismo hospital al que ella debía volver ahora, noche tras noche, a ver cómo se tensaba el otro extremo de la cuerda.

Pero aquellos meses, los del final de su padre, se habían nublado por voluntad, los alejó con un soplo suave y descuidado. Lo necesitaba para construir esa felicidad que amagaba con el amor, con el sueño de salir caminando a calle Entre Ríos por la puerta de la Facultad de Humanidades con engrudo en el pelo; aunque todo eso después se fugara, se le deshiciera

en las manos. Allí, en esas paredes acolchonadas con afiches y humedad, después de algunos años de leer que la mirada de los demás es la que crea o destruye, que es un proyecto yecto, que la arrojaron al mundo contra su voluntad, que solo ve la sombra de las cosas que están en la puerta de la caverna, conoció el vértigo de la piel, lo hizo con la esperanza que dan en el comienzo esos descubrimientos, cuando la sangre surgía desde el pecho –lo podía sentir– cuando creía que todo se agotaba y renacía allí, en cada segundo.

Rosario, nombre incompleto, firme. Escuchaba a todos los de afuera quererla, los que se fueron y lograron mirarla desde el sur; un hijo mogólico, de pobres corazones, las calles que se cruzaban en la madrugada de la costanera para no sentirse solas.

En esa ciudad, un otoño confuso, cuando aún se resistía a pensar o imaginar ese instante, nació Luca y fue inesperado, como la misma muerte que se espera desde siempre, pero llega urgente. Con él llegó un respiro y el repetido aliento de la esperanza.

En las horas agrietadas y azules, casi de forma imperceptible, volvía a su memoria una mañana en la que escuchó y consintió un mito. Decidió atesorarlo y repetirlo, aunque pasaran los años y el tiempo que no se cuenta con los números, el que se nota en el reflejo. Escuchó que hay que ir al sur, que allí hay trabajo. Lo demás lo agregó con el sueño persistente: no hay calor ni cuerpos pegajosos. Hay pinos nevados, llanuras blancas donde pueden verse pequeños pocitos de los que sube el hálito y son las ovejas que se dejan cubrir por la nieve para comer el césped. Se ven puntos oscuros corriendo por el blanco y son los zorros, o las liebres. Y el fuego es necesario, comer guisos, trabajar solo durante el día. Los veranos son primaveras, junto a los arroyos cristalinos, donde se puede tomar el agua con las manos. Siempre el sur, ese sueño tan cercano y remoto.

Detrás de la cara enharinada, de los ríos de sudor que le surcaban las sienes, Lobo sonreía en el calor del mediodía que sube sobre el otoño, sentado en la vereda del molino, entre la fila interminable de obreros que, unos apoyados a otros, mordían las presas de pollo, los sándwiches, el guiso que caía enroscado de la boca de un termo.

Dividía sus días en tres hitos; dos de ellos le daban la sensación de bienestar para seguir, para robarle a la rutina un sabor distinto. Uno se anunciaba con el silbato del almuerzo, quince minutos de descanso, sentir los brazos caer a la vereda después de haber cargado dos bolsas por minuto –era la marca exigida y eso los obligaba también a trotar con cincuenta kilos en los hombros y a pagar a fin de mes la mitad de cada bolsa rota–, de ver pasar la mañana con la vista fija en el suelo, recorriendo siempre el mismo sendero. El otro, también advertido con el silbato, era el horario de la salida, la caminata feliz entre la niebla que envolvía el anochecer, rumbo a su casa, tomando siempre caminos diferentes, cada uno ya conocido y familiar.

El tercer hito era el sonido del despertador.

Arístides era un compañero del molino. Era un hombre flaco y fibroso. Las manos grandes, desubicadas al final de los brazos. La nariz filosa, los ojos azules, opacos. La sonrisa ancha y maliciosa le recordaba a Lobo el hocico de una comadreja overa. Ese mediodía recorría la hilera de hombres tumbados, juntando billetes para la bebida del almuerzo y todos los dejaban caer, arrugados y húmedos, entre los dedos, como si los arrojaran a un canasto de caña. Fue, desde el primer día, el más retraído y taimado entre sus compañeros, uno de los últimos en hacer oír su voz. No había sin embargo un grupo en el cual ser aceptado, estaban separados por la indiferencia, como doscientos países con sus fronteras, solo las palabras suficientes o los gestos. Una tensión velada los separaba sin razón.

Le tocaba a Lobo acompañarlo para asistirlo con las compras. Fue en silencio, aceptando la pequeña derrota de sacrificar la posición cómoda que había logrado en un rincón de la vereda. Entraron sin mirarse al autoservicio. Lobo caminó entre las góndolas y sintió en las manos el frío de las heladeras, otro frío más seco y piadoso que el del alba, cuando empezaba la carga y el sol todavía se negaba a empujar la atmósfera hiemal. Pensó que esos nuevos hábitos: cerrar puertas, hacer compras en autoservicios, cobrar un sueldo a fin de mes, ya eran parte de la naturalidad de sus días. Tres años atrás, solo eso, eran un misterio sin volumen, y quizá esos hechos que para otro mundo fueran ordinarios, le daban en ese momento del tiempo y de su vida una especie de ciudadanía, de entidad diferente a la que tenía cuando era un pescador de río y vendía sus piezas a los puestos del mercado.

Eligieron rápido las bebidas, apremiados por la ansiedad de los compañeros, el respeto por ese tiempo breve de descanso. Lobo acercó uno de los envases para que la cajera lo pasara por el lector y ella evitó rozar sus dedos manchados por la harina y por el agua que transpiraban las botellas, lo hizo con simpatía y respeto, con la intención –Lobo podía percibirlo– de no incomodarlo. Los ojos de la cajera eran verdes. Tallaban en su mirada una expresión amable y sugerente. Tenía el cabello fino, de un rubio modesto –era trigo; comparaba los colores de la ciudad con los del campo, todo lo que lo había rodeado antes, como si fuera el catálogo de una nueva escala cromática–, caía hasta apenas debajo de los pómulos y eso le daba un aire adolescente y fresco.

Sus mujeres, de las que le llegaban a la memoria solo dos o tres, eran morenas; de voces simples, pero de pocas palabras, torpes y grotescas. Las añoraba –solo hasta esa tarde en la que descubrió que prefería otra cosa– con perfumes de tabaco y cerveza.

Recibió una sonrisa cuando tomó la bolsa. Salió de allí con entusiasmo, pensaba guardar ese momento para construir más tarde algún sueño en la estación que era su nueva casa, la casa con muebles

amontonados en la pieza, algunos sin utilidad, una cama desvencijada, un televisor viejo, blanco y negro, en el que a veces lograba ver en algún canal de aire el programa en donde todos se reían cuando las personas se resbalaban en los bordes de una pileta, o se caían en la calle, o eran humillados delante de una cámara escondida.

No encontraba la manera de preguntar el nombre. La desesperación por no lograr las cosas más simples, muchas veces lo decepcionaba, le hacía dimensionar su frustración frente a la impotencia. Con su compañero no había cruzado más de dos palabras desde que se habían conocido. En el juego que propuso desde su llegada, en la imagen que proyectaba para repeler a los demás, para encontrar en esa distancia respeto y hasta cierto temor –a quién le ponen Lobo, por qué– no podía revelar la forma de lograr algo tan sencillo como averiguar, de boca de ellos, el nombre de una mujer.

Al responder a la mirada de Arístides, ya cruzando la calle rumbo a la vereda del molino, sonrió con cierta maldad y esperó. Había aprendido, sin saberlo, a utilizar la mirada para decir cosas y poder negarlas después.

Su compañero entendió. Quizá esperaba ese guiño para avanzar en la confianza de Lobo, quizá necesitaba una señal para dejar escapar las palabras que resultaron desbocadas y poco juiciosas.

Está buena la gringuita. Pero no te va a dar bola, sos demasiado blanquito para ella.

Lobo no comprendió. No podía descifrar el mensaje que le acertaba Arístides y se vio urgido a terminar allí la conversación con otra sonrisa inocua, para no compartir lo que para él era una suerte de profanación de esa historia que había empezado a tejer, porque sí había captado cierta ironía en la respuesta.

Comió con la atención sostenida en las puertas del autoservicio y se alegró de tener un lugar adónde mirar, de encontrar en una tarde de esa nueva vida una mujer por descubrir, de lejos, aceptando la posibilidad de no

lograrlo para perpetuar la búsqueda, para no caer en la desilusión del rechazo.

Esa misma tarde, en la que conoció a la cajera, fue la primera vez que no llegó ningún camión. El polvo fue desapareciendo a trasluz de los rayos del sol y se escuchaba el rumor apagado de los hombres que se agrupaban en los rincones, sentados sobre las tarimas. Hubo tiempo suficiente para que Lobo, perdido en esa distensión del tiempo y las palabras, hiciera desaparecer todos los cuerpos de esa visión para ver las filas de bolsas apiladas, como una trinchera, perderse hasta el fondo del galpón, un rastrojero sin ruedas juntando en el lomo los despojos de otras máquinas. Retuvo esa instantánea y volvería a verla muchas otras veces desde ese momento, en otras geografías, junto a otras personas que destilarían la misma sensación de derrota y desesperanza. Era la fisonomía de su mundo, sin elegirlo, sin crearlo. Caería una y otra vez junto a los cadáveres del progreso, de la felicidad. Esa tarde en la que, por primera vez, no aparecería ningún camión en la entrada, fue el comienzo de una época en la que por muchos días no pudieron siquiera entrar al molino.

Veían a los capataces hablar con las caras pesadas, sentados tras los vidrios sucios de las oficinas, cayendo los párpados en cada frase y ahogando los gritos cuando el volumen crecía sin intención.

Una certeza ganó el ánimo de todos: no hizo falta anuncios, ni circulares. Nada de lo que hacían, de lo poco que ganaban o arrancaban de su esfuerzo animal, estaba escrito o asentado prolijamente en un papel. No había detalles con porcentajes ni artículos, solo un sobre con dinero a fin de mes (podía ser cualquier día) y las caras que ahora veían pegarse a la ventana de las oficinas, gestos que había que adivinar para anticipar el destino corto y precipitado.

Sonó la sirena. La noche había ganado la calle antes que otros días. No hubo esta vez murmullos felices de viernes, la tropilla que cruzaba con una audacia pueril la calle equivocada hacia el boliche.

Agüero lo alcanzó en la salida y se ofreció a llevarlo hasta la estación. Aceptó. Subió al coche y adhirió su cuerpo a la puerta, como escapando al presagio. No sería él quien rompiera el silencio, cierta autoridad le concedía esperar, oír las explicaciones de Agüero que miraba fijo el camino arbolado, la luz que dibujaba un túnel contra las hojas.

Estacionó en la entrada, frente al cartel que anunciaba a los pasajeros fantasmas el nombre del pueblo.

Che, loco, va a pasar lo que yo te dije, lo que tenía que pasar. Hoy ya no tuvimos pedidos y para la semana que viene tenemos la mitad de lo de siempre. A fin de mes vamos a tener que pedirles que se vayan a casi todos.

Esperaba una respuesta, la esperaba como a una bocanada de oxígeno para poder seguir desahogando la culpa, purgando la angustia de pasar la noticia, de decir en la cara de su víctima que eran otros los que iban a tener un abrigo en el vendaval. Pero Lobo solo escuchaba, una indiferencia que era en realidad resolución, una voluntad sólida para no dejar tiempo al lamento.

Hablábamos con los dueños que lo mejor va a ser empezar por los más jóvenes, los que no tienen familia; ¿sabés? A lo mejor vas a poder seguir haciendo changas para la intendencia, yo te voy a tener en cuenta. Te puedo hacer también una carta de recomendación, vos sos un buen laburante, un muchacho serio; trabajo no te va a faltar.

¿Le puedo hacer una pregunta, Don Agüero?

Agüero sintió pánico. La tensión que espesaba el clima ahora se cernía sobre él. La pregunta era rauda, sin ambages, como suelen ser las preguntas belicosas.

Le pregunté a Arístides por la cajera del autoservicio que está enfrente del molino. ¿Se da cuenta cuál le digo?, la rubiecita.

Ah, sí. Ya sé quién es.

No fue asombro sino alivio lo que bajó por la mirada de Agüero; pensó que realmente era un irresponsable, un chiquilín que todavía no

aceptaba las reglas que le exige la vida a un hombre: el trabajo, la mujer, los hijos, el dolor de perderlos. Pero era ahora provechoso para él seguir la conversación de esa forma.

Se llama Laura. Es hija de un fumigador que falleció en un accidente hace dos años; por eso le dieron trabajo allí, tiene que mantener a la madre.

Me dijo que yo era blanquito para ella.

¿Qué te dijo?

Arístides. Me dijo que yo era blanquito para ella. ¿Por qué me dijo eso?

Soltó el volante y reposó los brazos en la falda. Empezó a hablar en otro tono, más preciso y solemne.

Es una mina marcada. ¿Sabés qué quiere decir eso? Esta ciudad es chica, las historias van por la calle y todo el mundo las oye, las aprende, las convierte en leyes. Hace unos años vino al club un jugador norteamericano de básquet. Un negro. Creo que se conocieron en la confitería, o no sé; la cuestión es que la chica esta se enganchó con el negro. Le empezaron a hacer la vida imposible. Una vez, en el verano, fue a la pileta y la mina que entrega las chapitas le dijo que se hiciera la revisión de vuelta, para ver si se había agarrado alguna enfermedad. Le pintaban cosas en las paredes de la casa, le empezaron a hacer vacío en todos lados. La mina caminaba por la calle y todo el mundo se daba vuelta y decía algo. La cosa se puso peor más adelante, encima el tipo no rendía en el club; extrañaba. Una mañana la cana lo encontró tirado en el campo que está detrás del autódromo. Le habían dado una paliza terrible. Dicen, no sé si es cierto, que le marcaron la verga con una navaja, se la tajearon toda. A la semana el negro rescindió el contrato y se volvió. Ella no pudo volver a salir con un tipo de San Jorge.

Lobo agradeció con una palmada sencilla el viaje y la respuesta. Antes de apearse del todo, Agüero se arrimó con la voz a la puerta abierta:

Esta ciudad, hermano, está fundada por piamonteses y los piamonteses son una mierda.

Hubo otras noches en las que esperó amparado en la oscuridad de los árboles que saliera de su trabajo. Solo dos. La primera se conformó con mirarla, sentado en el cordón, contemplando el andar ligero y decidido. Sintió pudor y hasta cierta culpa por comprobar la firmeza de las nalgas, como si fuera profano en ese interés por querer enamorarse, en soñar con esperarla la próxima vez con un ramo de rosas, invitarla a caminar por la plaza central, cruzar a la vereda ancha y rústica de la iglesia. La siguió de lejos, recurriendo a veces a los autos estacionados, retrasando las zancadas para dejar que se alejara. Vivía cerca del club, a unas cuadras del autódromo –no pudo evitar imaginarse la escena: los hombres esperando que el negro la dejara en la puerta de su casa, sonriendo con maldad tras los vidrios polarizados–, en un pasillo largo y simple. Se detuvo un momento en la entrada y también la imaginó parada en el umbral, la estatura justa para llegarle a los labios, colgada de sus brazos y adherida a su pecho.

La segunda noche intentó salir a la luz de la calle. Caminó algunos metros, cruzando en diagonal para dirigirle la palabra –no había elegido qué decirle, solo había juntado el coraje–, cuando advirtió el susto, la mirada desconfiada. Aminoró el paso mientras el de ella fue presuroso y urgente.

Pensó que era lógico. Pensó en un tercer intento que nunca llegó.

Las últimas quincenas en el molino, a diferencia de otras, cobraban a tiempo y la totalidad de las horas. Parecía necesario evitar cualquier disputa antes de que cayera el mazazo final, porque aún bailaban en la mente de Lobo y en la de todos, las advertencias de Agüero sobre el posible cierre o la reducción del personal. Lobo decidió dejar que viniera lo que tenía que venir, apagar el fuego cuando las llamas le lamieran los pies, y mientras tanto, sencillamente vivir, gastar, darse gustos, disfrutar de lo que no había tenido antes y lo que dudosamente volvería a tener. Un día de cobro decidió cenar fuera de su casa. Eligió un bar casero con cortinas de tela, cerca de la estación; solo los anuncios de cerveza lo indicaban. Entró a la sombra y se acomodó, sintió el cuerpo caer sobre la butaca y acomodarse al espacio. Reconoció su pertenencia al lugar, a San Jorge, al tiempo de su vida allí. Los rostros del bar estaban fijos en una de sus esquinas, lejos del rincón donde ahora pedía la bebida y señalaba la comida que quería frente a él. Todos buscaban el brillo cambiante de la pantalla y había un silencio tenso y volátil, sensible a cualquier sobresalto ajeno a los estallidos y los gritos que debían ser en ese instante el único sonido posible –los toques agudos de los vidrios, los murmullos que subtitulan las imágenes–; bastaba con una mirada medida y natural para censurarlos.

Lobo, sentado en la barra, acariciando un vaso fresco y transpirado, empezó a percibir también el brillo. Al comienzo de la sorpresa no podía diferenciar aún lo que veía de una película, y aunque los colores y la desesperación tan humana le confirmaran que era real, seguiría siendo para él un film, la fantasía abominable, la ficción que captura la vida de las personas, la carne vulnerable, la misma muerte.

Plano general de la pequeña ciudad. En el horizonte, un horizonte cercano al caserío y a la gente que corre desesperada y caótica por una de las calles principales, un hongo que es primero fuego, una bola

incandescente que se desenvuelve en el aire hacia el cielo, y después es la cabeza de ese hongo, pero esta vez de un humo espeso y oscuro.

Los caseríos están arrasados, devastados. Mitades de casas, agujeros inmensos y los muebles a través de ellos. Una mujer relata que un proyectil entró por el frente, atravesó la pared del living, y le destrozó el lavarropas – plano del lavarropas partido con el proyectil incrustado–.

Plano medio de una mujer escondida detrás de un auto, gritando – ahora la voz es nítida y cargada de terror– que alguien haga algo, que la ayuden. Lobo pensó que si no hubiera visto primero el hongo y el lavarropas herido, no hubiera sabido cuál era la amenaza que impulsaba a esa mujer a pedir ayuda.

La cámara corre en travelling, pero no de una forma cadente, sino un cimbronazo que desplaza la imagen desde el auto hasta el plano de una ochava en donde comienza un plano secuencia de dos hombres –uno joven, confundido, apenas sonriente, como si no pudiera dimensionar el peligro que se acerca– trotando por una calle hasta desaparecer definitivamente del plano, solo porque el camarógrafo pudo seguirlo hasta ahí, hasta tirarse detrás de un auto estacionado para protegerse de las esquirlas que caen como una lluvia sólida sobre las veredas y el asfalto. La cámara está en el piso y filma de costado. Un perro corre inclinado por ese punto estático, esquivando explosiones y adoquines. La carrera del animal arrancó del bar un gemido de lástima y de piedad.

Ahora el periodista habla agitado, saltando con la imagen. Está en un vehículo porque en el ángulo de la toma puede verse la ventanilla, el espejo retrovisor en donde se refleja la gente escapando en un estado de excitación y temor, bajo las esquirlas y los proyectiles que caen como granizo. Se oye nítidamente: “las cargas siguen detonando...” y no se puede oír con exactitud qué sigue a esa frase. El periodista se detiene para ayudar a alguien, no puede distinguirse aún a quién. Plano entero de la mujer cubriendo a sus dos niñas con el cuerpo, abrazándolas ingenuamente en una

esquina, sin cubierto. Está arrodillada y las dos nenas pegadas a ella, esperando que todo pase como si fuera una tormenta, una ventisca molesta. Las suben al coche y ahora primer plano fugaz de las hijas sollozando, sintiendo la seguridad nítida de los adultos.

Alguien cambió de canal, pero la película continuaba. Todos los canales. Las sirenas corriendo por las mismas calles, el éxodo de automóviles en la ruta, escapando del apocalipsis, de la línea de monte que se ve a lo lejos, las bombas estallando allí, como en Vietnam, como en Bastogne.

Ahora, en un salón ordenado, lejos de la violencia, los micrófonos se juntan frente a él, frente al hombre cuya cara se manchaba de humedad en aquel afiche pegado en un muro de Santa Fe, la misma cara cubierta de pelos oscuros y recios –esta vez no hay sonrisa, sino un gesto certero y adusto, imperativo–; y su acento ambiguo y cansado que insistía a todos los que extendían los grabadores y los teléfonos móviles que no había sido un atentado sino un accidente, que era la responsabilidad de ellos, de todos – Lobo pensaba si era también la responsabilidad de él– dejar bien en claro eso.

Río Tercero, Córdoba. Murieron siete personas y hubo más de trescientos heridos. Días después hubo otra explosión, y entre todos los testimonios que satisfacían la obsesión de Lobo, algunos quedarían prendados de su memoria: una mujer, hablando entre lágrimas, haciendo imaginar a todos a la hija saliendo con el guardapolvo blanco de la escuela, la esquirla cayendo humeante en la cabeza. Un hombre joven, manejando un remisse, la madre salió a buscarlo en bicicleta –su madre también hubiera ido por él– gritando su nombre entre los estampidos. La primera esquirla le dio en un brazo y cayó de la bicicleta, en medio de la calle. Tirada allí, una andanada de pequeñas esquirlas desde el cielo nebuloso que entraron en su cuerpo. Tercero, el director de una escuela construida junto a la fábrica militar. Puso a resguardo a todos los alumnos, a todo el personal. Fue el

último en salir. Una explosión lo alcanzó en su auto, rumbo a su casa. Murió de un infarto.

Aquella noche, tras la segunda explosión, un parroquiano que miraba junto a él el noticiero, le dijo:

Pensar que estos hijos de puta nos hacían apagar la luz en el ochenta y dos. ¿Te acordás de los oscurecimientos? Tenías que apagar todo, una hora creo. Había un pelotudo que cerraba la cortina y dejaba la luz prendida del living. Se creía que no se filtraba la luz. Yo le decía a mi mujer que era imposible que nos bombardearan, que lo hacían para asustarnos. Pero si alguna vez pasaba, a ese salame le iban a tirar el bombazo justo en la ventana. Tanto miedo al pedo, que los ingleses nos iban a bombardear, que esto, que lo otro, y mirá: ellos mismos nos bombardearon y a plena luz del día.

El comisario caminaba agitado; apenas alguna bicicleta y el curso de agua de una manguera convidaban movimiento a la mañana de noviembre.

Entró en el comité, esquivando paquetes con votos, pedazos de arpillera. Tras el escritorio, también invadido por papeles y cargadores de teléfonos, se reclinaba sobre el respaldo de la silla un hombre aniñado, cubierta su cara por una barba prolija y rojiza; sostenía con las manos la nuca y sonreía al gesto adusto del policía.

Ahí llegó a la escuela un pibe que dice que va a ser el fiscal de la lista de Masaccesi. Dice que lo mandan de Rosario. Le dio este papel al rengo.

Le alcanzó una boleta arrugada, con membrete, firmada con birrome encima del sello. Galindo no extendió la mano, miró cómo planeaba hasta la mesa y lo leyó de lejos, sin darle mayor importancia.

¿Pueden hacer eso? Si no pueden usted me dice y lo detenemos. Lo meto en el comando y me lo llevo a Villa Constitución.

Borró la sonrisa y acomodó el cuerpo sobre el escritorio. Esperó que salieran los demás. Quedaron a solas, Galindo y el comisario, y hablaron solo cinco minutos. El policía volvió a la escuela después de recibir las instrucciones.

El fiscal que habían enviado de Rosario, un joven universitario, tenía el pelo ralo y casposo, de haberse levantado a las apuradas, sin bañarse, para no llegar tarde al local de votación. Jorobado, débil, las manos eran flacas, las uñas transparentes, prolijas. Cuando el comisario entró nuevamente en la escuela y lo vio sentado tras la urna junto al rengo que lo observaba de reojo, sintió cierta compasión. Lo imaginó en pijamas, atendido por la madre, tomando té en una taza, transpirando el calor de una estufa y pasando las hojas de un libro. Acomodó los pantalones relavados que se le iban bajo la barriga y en medio del patio habló en voz alta, sin mirar a nadie:

¡Víctor Medina! ¿Acá hay algún Víctor Medina?

Levantó tímidamente la mano. Petrificado, esperó que el policía se le acercara al oído, esperando advertir cualquiera de las cosas que se había imaginado o que sus compañeros habían inventado para asustarlo. Un dolor le presionó las entrañas cuando escuchó el murmullo.

Tenés un llamado en la comisaría. Creo que es tu mamá.

No pensó en otra cosa. Se apartó de la mesa y fue corriendo al patio. Cuando llegó a la esquina se percató de no saber dónde quedaba exactamente la comisaría. Desde la puerta de la escuela el comisario le señaló la otra cuadra. Corrió. Llegó expirando, alternando soplidos para calmarse. No había nadie en el interior de la dependencia, al menos en el primer habitáculo, más que una bicicleta oxidada y un banco. Cruzó la segunda puerta; allí, en el interior pleno de la comisaría, la luz de los fluorescentes se tragaba el reflejo del día. En el mostrador una máquina de escribir. Una bandera opaca, inmovilizada en uno de los rincones. Otro policía más joven, desaliñado —la camisa afuera del pantalón, el cinto desprendido— lo recibió con un mate en la mano. Tampoco le habló, solo le señaló el teléfono descolgado en el despacho y se retiró a observarlo a través de una mampara, podía verlo encorvado sobre el teléfono, el buzo sobrándole por todos lados, las manos femeninas y pálidas apretando el auricular.

Volvió. Todos lo esperaban en la misma mesa, con gesto burlón. Aceptó la broma; no la consideró malintencionada ni artera. Acaso el humor o la burla era la manera con la que se aceptaba a los forasteros. Se paró frente al comisario que jugaba con la almohadilla de los sellos.

No era nadie. Se ve que se cortó.

¿No querés llamar vos para quedarte tranquilo?

No, está bien. ¿Si vuelven a llamar, usted me avisa, oficial?

Sí, quedate tranquilo.

Fue entonces cuando vio una marca en el padrón. Una cruz pequeña garabateada con birome. No había votado nadie desde las ocho de la mañana y eran las diez cuando fue a la comisaría a atender el falso llamado. Preguntó con fingida curiosidad quién había votado en su ausencia. Lo miraron con sorna. Le contestaron.

Votaron treinta personas. Ahí nomás cuando te fuiste se hizo una cola rápida y los despachamos a todos. ¿Querés entrar a controlar?

No había imaginado, mientras las charlas instructivas que le daban en la facultad, que le podía pasar algo así. En todas las demás situaciones posibles él iba a actuar con energía, iba a llamar al Comité Departamental, a los medios, a aferrarse a la urna a gritos. Pero alrededor nada facilitaba esa ilusión. Estaba solo, desguarnecido. Antes de que se enfriara todo –pensó que era ese el límite de tiempo para actuar– debía decidir si arremetía contra todo el pueblo confabulado contra el honor y la entereza de la república, o lo dejaba pasar y esperaba a que el auto lo recogiera a las seis de la tarde. Los miró con desprecio, con odio inhumano, pero nada le salía de la boca.

El comisario, jactándose de lo taimado y audaz de Galindo y de su complicidad, agregó en su relato que el joven de la Franja Morada que llegó a fiscalizar para los contreras, terminó comiendo un asado con ellos en el club y durmiendo la siesta, dejando hacer a cambio de salir de allí sin más humillaciones.

Maximiliano llega tarde a cumplir su guardia. En puntas de pie se acerca a la cama, siguiendo el débil hilo de claridad que llega desde el pasillo. Confirma, con los ojos entrecerrados, el sueño profundo de Patricia; se recuesta en la silla y se deja llevar también por el cansancio. Permite que la paz llegue y antes de dormirse se pregunta cuáles serán los mundos que ella recorre –son otras ciudades o quizá estepas, bosques donde los troncos dejan a la nieve caer brillante e inmensa a los ojos; mares verdes, con el fondo claro–, quiénes son los que acuden a su camino, las personas que conoció cuando él ya no estaba en Empalme.

El suero le recuerda algo que no puede dilucidar, la gota que cae eterna, como el objeto entre los espejos. El sachet lleno; reloj de arena, reloj de agua.

Lo asalta, en ese camino que lo tienta en la vigilia para abrazar el descanso, una casa de lejana y posible infancia, con las formas y los colores distintos, haciendo de otros recuerdos solo una copia; más vívidos, más ciertos que aquellos que ha construido despierto.

Es la tarde que encierra todas las tardes de la niñez y es también –lo comprueba cuando advierte la delgadez de sus manos– su cuerpo frágil de aquellos años; las piernas asoman lánguidas por el ruedo de un pantalón de corderoy que devino en short cuando ya no cubría los tobillos.

Allí, en medio de ese patio desnudo por la luz, lo embarga una sensación de espera, de alerta ante el comienzo de un hecho que lo empujará al riesgo, al filo de una sublevación inesperada.

Una andanada de calor lo envuelve. No es el sol que escondido tras una nube volvió a ganar el patio, no es el verano, ni el anticipo de la fiebre. Por detrás de las macetas desbordadas por los helechos, cauteloso y ágil, ladeándolo aún lejos, un tigre sostiene sus ojos en los de él, con los hombros de las patas delanteras adelantándose uno a otro.

Lenguas de fuego abrazan el naranja, las rayas negras. Una llama que no lo consume, que se mantiene brillante y viva como acechada por una ráfaga constante de viento, como un vestido infernal ondeado por el aliento de la tormenta.

Se detiene. Lleva su mentón hasta el mosaico, lo recuesta entre sus patas y él puede ver la cola y el lomo erectos. Sus pupilas se dilatan, todo su cuerpo comienza a menearse, reptando hacia la presa.

Nunca ha presenciado ese ritual felino; no es entonces causa de una reflexión el asalto de un escalofrío por la espalda. Hay en el instante un choque de instintos. El suyo responde a un aviso inconsciente que advierte que detrás de esos movimientos hay una intención siniestra. Una miríada de pensamientos le muestran, sueño en el sueño, el resultado de ese acecho: las garras rasgándole la ropa hasta herirlo, el fuego chamuscándola, quemándole la piel.

Hay un atisbo de duda, de temor quizá a darle la espalda, pero un impulso más fuerte que la hesitación obliga a emprender la carrera. Comienzan a pasar a su lado las columnas que sostienen el techo de la galería, las celosías que esconden el mundo sombrío y fresco del interior de la casa, el lugar en donde buscará refugio con la vana ilusión de que esas puertas de madera detendrán el avance de la bestia. Un rugido retumba en toda la casa. No fue distante y eso lo empalidece. Aguza el oído y puede escuchar, a metros de sus talones, las pezuñas tecleando el piso.

Ese patio que fue un estadio de fútbol, que fue el prado de su soledad, el escondite ante la búsqueda paterna, ahora es una selva de senderos conocidos, un cañadón de cemento y aberturas que le otorga la confianza de saberse seguro en sus caminos.

Observa sobre sus hombros, llegando al segundo patio, tras la puerta con vitreaux que los separa. El tigre de fuego está a una distancia prudente, óptima para ensayar algún cambio de ritmo, alguna trampa. La entrada es

angosta, no va a poder seguirlo por allí si logra cerrarla tras su paso y atravesarle la mesa de mármol que adorna el centro del patio cubierto.

Un episodio entonces regresa. Un hecho de ese pasado que quizá en ese sueño aún no lo sea, porque es niño y no lo ha vivido todavía. Está recordando el futuro: la tarde del granizo que desprendió la hoja de ese toldo y aplastó a la perra; los ojos vidriosos, los quejidos del animal bajo los fierros, su llanto impotente y la nueva consciencia de lo in perenne, la que sirve ahora para entender que es preciso escapar del letargo de ese segundo muerto en el que se ha preguntado por qué volvió aquella tarde del granizo, para atender la persecución del cazador que está ya sobre la puerta.

La cierra y un bulto estalla a sus espaldas. Acerca su ojo a la cerradura y logra ver el cuerpo en el revuelco, envuelto en chispas, estrellas de mañana que se mueren en el vuelo.

La mesa es inmóvil. Está clavada, sus cimientos llegan hasta el núcleo de la tierra. Sus hombros están dormidos y extenuados. Su fuerza no es la del hombre que sueña, sino la del niño que vive, y ese niño era —es— escuálido y débil, una marioneta temerosa de la existencia de cada misterio que descubre.

Algo choca contra el vitreaux nuevamente. Los separa solo la seguridad de un pistillo y un par de sillas que ha logrado mover. No durará mucho tiempo la barricada, cada embestida la violenta, tiembla, y es irrisorio creer que un pequeño tarugo sostenido por tornillos pueda contener la furia de cada impacto.

Podría haber elegido la terraza, saltar los tapias hasta otros techos; pero es tan riesgoso, el animal buscándolo por territorios extraños, ventanas que no abren, escaleras que bajan a otros patios cerrados.

Entra al pasillo interno que cruza las tres habitaciones. Trabará cada puerta que atraviere y por primera vez tendrá el control, las llaves del laberinto, un plan de huída —eso elucubra en un segundo de abstracción del pánico— a sabiendas de que el predador ignora dónde está su presa. No sabe

que él está observando con nostalgia la cama fría que amortiguó dos cuerpos, la tarde que por primera vez sintió el río desbordante; los libros que lo llevaron al África, la galería colorida de banderas; la vieja máquina de coser con su tesoro de botones y monedas.

Ese pasillo vuelve, por dentro, al lugar en donde empezó todo.

Sin dudas es el momento de inclinar la balanza; está lejos, quizá deshaciendo los muros con las garras, oliendo la carne por las hendiduras.

Corre hacia la calle, sin mirar atrás. Las veredas ya reciben el color del atardecer; pero su obsesión es esa esquina que se agranda al final de su carrera. Cuando la doble –lo desea ardientemente– será otra dimensión onírica, con personas inesperadas, absurdas. Algo lo detiene al llegar. Es Patricia. Su presencia no le extraña, es obvia en esa escena; es oxígeno. Es la mujer con la que ha conocido la ansiedad, la angustia deseable de la ausencia, la plenitud del regreso. Pero ella está aterrada; no con el antiguo deseo, sino con la estela del sueño que le precede. Entonces él comprende que el tigre está ahí detrás, encorajinado, furioso. El fuego que emana de su pelaje es más intenso, lo atiza el odio.

Cubre con la espalda, ya de hombre, el cuerpo de ella, y el primer zarpazo lo devuelve a la vigilia: la voz de la enfermera que está cambiando el suero, profanando el silencio íntimo de la madrugada que puede oírse en la habitación.

Patricia despierta con él, lo mira y sonrío y él sabe que esa sonrisa tierna y feliz es la suave caricia de la morfina, el atajo piadoso hacia el destino común –es el destino que nos enfrenta, nos atropella, Padre, apenas podemos afirmarnos en el piso de este mundo cuando nos lleva puestos– el que llega a ella antes que a él y a los demás. La sonrisa no se va, queda impresa en el brillo de la cara cuando la luz se apaga. La mano se afloja entre los dedos de Maximiliano. Él la aprieta y no puede creer que esté comprimiendo esa piel, que sienta el poder del consuelo sobre su viejo

cariño, como antes, como cuando dejaba correr las lágrimas por encima de su hombro, las lágrimas que se merecían otros.

Vuelve a abrir los ojos y se sobresalta creyendo que la presión exagerada de su mano terminó por despertarla, pero lo tranquiliza, nuevamente esa mueca de paz.

¿Sabés de qué me acordaba recién?

No, linda, ¿de qué te acordabas?

Él había olvidado lo que ella recuerda tan nítidamente: los mediodías en la vereda, el aroma de los almuerzos que rezumaba de las persianas, las piedras de la vereda que marcaban letras en las baldosas mientras él relataba con seriedad historias inventadas, logrando la atención de todos, saliendo de él mismo para ser diferente, durante el tiempo que duraba el relato –solo él podía decidir cuánto tiempo ser otro–; y los demás aceptaban el juego de la mentira, de la imaginación, de los giros imposibles, acaso para mantener la firmeza de ese momento, la magia, la excusa para seguir juntos hasta que los gritos los reclamaran.

Seguramente –lo recuerda ahora, cuando Patricia se esfuerza en contarlo– esas ceremonias eran el momento esperado, solo para que ella lo mirara, para hacer pausas y lograr su ansiedad, su emoción.

Nunca supo de dónde sacaba las historias. Retazos de muchas, leyendas urbanas, películas de los sábados.

Contame una, Maxi, dale, antes de que me duerma.

Cómo negarse, cómo no improvisar, revolver la memoria para hallar algo distinto; detrás de lo reciente, debajo del sedimento de tristeza que van dejando las horas en la habitación.

Puedo contarte una película que vi en Buenos Aires, antes de venir a verte. En realidad es una historia que le cuenta un abuelo a su nieto, en la película.

Patricia le devuelve a esa pregunta una mirada dulce, porque solo quiere recuperar su humanidad con la palabra, quiere que la voz de

Maximiliano y su propia voz, que ya le parece ajena, la confirmen en este mundo, de este lado del umbral innombrado de lo que precede.

Son dos pueblos que están uno al lado del otro, separados por un río. Uno existe cuando los habitantes del otro lo sueñan. Unos son la vigilia y los otros el sueño. Unos la noche y otros el día. Cuando alguna de las villas está de fiesta, ignoran que el ruido de la música y las risas pueden despertar a los vecinos; no imaginan las consecuencias.

Ocurre algo muy particular. Nadie, ni los de un pueblo ni los del otro, saben cuál es el secreto de su existencia. Solo viven y se sorprenden que al otro lado del río haya tanta paz.

Sucede que un día el jefe de uno de los poblados ha decidido invadir al otro. Lo hace para no compartir la pesca y para apropiarse de las casas ya construidas. Y sin saberlo, unos morirán dormidos y los otros van a desvanecerse.

¿Estás despierta, Patri?

No lo está, el relato ha cruzado con ella y ya es sueño, los habitantes llevan ropa medieval, las cabañas de madera y piedra sostenidas por pilares de troncos, en el litoral de un cauce cristalino y dinámico, los sauces mojando las hojas de sus ramas más largas; hay una enorme y desolada quietud en el otro pueblo. Ella puede cruzar ese río y caminar por las calles, asomarse a las habitaciones en donde se duerme y se da vida; y se va, en puntas de pies, por donde no hay hojas secas que puedan crujir.

En la última tarde del molino, una primavera tímida con mañanas de última niebla, Lobo creyó que había tenido esos años el tiempo necesario para construir a su alrededor esa otra realidad que ahora era infinitamente distante de la anterior; era ya un hombre y lo confirmaba compartiendo el desamparo con el resto de sus compañeros, sosteniéndose con el mostrador del boliche, viendo los fondos vacíos de los vasos, riendo cada vez más fuerte y sin razón.

Habían llegado como todos los días al molino y estaba desierto, sus persianas caídas y tan solo una mesa y una silla en la vereda para que un guardia privado les pagara la indemnización.

Pudo seguir erguido sobre la ola de voces y carcajadas, las anécdotas, el rencor compartido, hasta que solo fue para su consciencia el gusto amargo de la cerveza, cada vez más diluido en una sensación fría y chispeante. Dentro del vaso, aislado del bullicio por las paredes gruesas de vidrio, podía observar todo en su transparencia: los grupos que se reían sordamente, Arístides y un hombre robusto que conversaban y se miraban con los párpados a media luz, tapando los labios sobre las palabras, el televisor proyectando brillante otros labios mudos.

Mañana, pensó. Mañana se abría como una planta carnívora, mañana ya no era levantar la canoa del barro, no era el despertador los camiones el peso, era la incertidumbre y la aterradora nueva condición, el sentimiento que pertenecía a Lobo, el prófugo, el asesino, otra vez montado a ese vehículo que lo alejó del club, la ruta ardida por el sol, el destino sin la excitación ni la voluntad.

Desenrolló del manajo unos cuántos pesos y saldó su cuenta. Salió a la noche, a caminar con más vueltas que las necesarias hasta la estación, para reflexionar un poco más sobre la existencia que se acercaba como una puerta sin luz en las rendijas, como un temporal. Eso fue en lo que pensó –

con esas palabras, esas mismas figuras– y recordó con satisfacción las tormentas a la vera del Salado, el viento incontrolable quebrando los árboles, sacudiéndolos como marionetas. El río mostrando sus olas más altas, el color gris de furia, el cielo aplastando las luces, arañando con relámpagos el horizonte.

Lo llamaron por la espalda. La voz no pudo disfrazar un interés artero. Esa era la razón por la que habían sido siempre reticentes a fraternizar. Lo podía entender ahora, parado frente a la llegada de los dos hombres que se tambaleaban entre la pared y el cordón.

Arístides y el robusto sonrieron cuando ya llegaban a su lado. Entre bromas idiotas y risas le ofrecieron compañía hasta la casa. Otra vez el alcohol adormeciendo la mente –Lobo se fastidiaba de esa repetición, pero a la vez gozaba de lo que parecía previsible solo para él–, agitando la valentía aparente, empujando al abismo. Sabía que jamás iban por ese rumbo, que la ubicación que habían tomado, uno de cada lado, no era azarosa. Ya tenía la mano derecha apretando el dinero de la indemnización (él hubiera hecho lo mismo, hubiera elegido alguien no querido para borrar todo vestigio de culpa, para justificarse ante la posible acusación de haber escogido un compañero, alguien que hasta hacía horas lo ayudaba a llevar las bolsas hasta los hombros) y la otra cerrada en el bolsillo, maneando lo inesperado, lo que sus dos acechadores podrían haber previsto y no lo hicieron, porque no se preguntaron por qué Lobo, por qué ese nombre.

Solo bastó que Arístides intentara pasar el brazo por su hombro para que sobreviniera la reacción fría y desenvuelta, sorpresiva para él también que veía extrañamente cómo Arístides caía contra la pared, con la nariz sangrante. Sentía ardor en los músculos, un calor intenso que le enrosaba las orejas –también las sentía ardientes–; podía quitarse el abrigo, la camisa, y no sentiría el rocío helado, el viento quemante de la noche. Otro bulto se abalanzó; también Arístides era testigo ahora de otra acción, un plano de actores desconocidos. El robusto perdió equilibrio después de chocar contra

el puño de Lobo; oyeron el golpe vacío de la cabeza contra las baldosas. Los papeles invertidos, los semblantes cambiaron, el miedo cruzó a otros ojos. Arístides pretendió incorporarse para ayudar a su cómplice, pero recibió un puntapié en el estómago y fue un feto indefenso, enroscado en el dolor que le revolvía las entrañas. Resolvió quedarse allí; entendió que Lobo dominaba la escena. El otro, anestesiado por la ginebra, se incorporó tambaleando y arremetió. Kamikaze vacilante, inconsciente. Quedó clavado y flácido en la mano que Lobo no hizo más que fijar delante de su cuerpo.

Limpió el cuchillo en la campera y se dirigió, sereno, al bulto trémulo que intentaba fundirse contra la pared, como si pudiera pasar del otro lado, escapar a esa calma siniestra con la que Lobo lo miraba a sus pies, esperando el ruego o la excusa. Arístides habló temblando.

¡Andate, boludo! Es amigo de la cana. Cuando lo encuentren te van a buscar. Tomatelás a otro lado, aprovechá que es de noche, que hay poca guardia en la comisaría. A este no lo van a encontrar hasta la mañana.

¿Por qué me voy a ir? ¿Vos me vas a entregar, puto?

No dejó lugar a la respuesta. Cruzó la hoja brillante por la cara, el zarpazo de un felino, la distancia y la fuerza medida; sintió placer al ver que podía calcular el daño, el telón morado que brotaba del tajo y cubría la boca temblorosa.

Se alejó sin miedo al darles la espalda –a ellos, a la sangre que era solo una marca más de la oscuridad–, embotado en el delirio del porvenir, como si el pasado inmediato no existiera, haciendo nada más que presente al llegar.

Arístides podría haberse incorporado, golpearlo inesperadamente mientras se perdía en el pensamiento, pero quedó inmóvil, conteniendo con las manos la herida que le ardía en el pómulo.

Siguió sobreviviendo hasta su muerte, entre Las Rosas y El Trébol, como jornalero y peón. En cada lugar lo motejaron por esa cicatriz y en cada lugar eligió una razón distinta para esconder la infamia: el ataque de un

animal en el Chaco, una pendencia, el rasguño resentido de una mujer. Desde ese día no vio nunca más al hombre que lo marcó. Esa madrugada lo delató al comisario y cuando irrumpieron en la estación, fierros en mano, solo quedaban los muebles, un televisor blanco y negro y la cama tendida.

Quisiera no soltar esta mano, que mantuviera el calor, la forma de aquellos dedos jóvenes y huidizos. Ahora los estoy afirmando con los míos, que también son los mismos.

Puedo contar todas las veces que he apretado esa mano. En una fogata de San Pedro y San Pablo, en el descampado cercano al canal. Los cardos secos, las cubiertas colgando de las ramas. Las chispas se montaban en la noche, subían y se mezclaban con las luces difusas del éter. Me dijiste que no podían ser estrellas fugaces porque hacían zigzag, las verdaderas cruzan el firmamento apuradas; no quieren que la gente las vea y las cargue de deseos.

Se iluminaba el monte, veíamos el reflejo en el agua, el fondo del canal en llamas. Los ojos de los búhos también resplandecían en las copas; queríamos que nos diera un poco de miedo, vos para completar el círculo del juego, yo para que terminaras de acercarte.

Alejandra, como siempre, estaba alimentando la fogata con bolsas de papeles, trepada a los troncos para romperlos, bailando en el ritual que se movía alrededor del diablo.

Cuando Claudio tiró los aerosoles al fuego, te acercaste y me abrazaste con temor. Dijiste mi nombre, Maxi, y me apretaste los brazos con las uñas, con temor y confianza. Los había robado de las cajas de basura de su kiosco, los aerosoles de gas para cargar encendedores. Salían de la fogata como misiles, zumbaban sobre las cabezas y dejaban una estela brillante; esos sí estrellas fugaces, cometas terrenos. Uno le dio en la cabeza a la hija del dueño de la panadería alemana. El golpe sonó vacío y distante, una aureola de humo le rodeó el pelo antes de caer inconsciente. Entonces todos corrimos aterrados. Sentíamos el viento que se llevaba los gritos a nuestras espaldas, lo sentíamos fuerte en la oscuridad, abrasador. Nos recostamos en la gramilla para ver el resplandor en la distancia y el correrío vacilante que

se dispersaba por el campo. Cuando el caos se fue disipando nos fuimos caminando despacio por el camino, el túnel de sauces que oscurecían el paso hasta tu casa, donde nos quedamos toda la noche sentados en la ventana. No hablábamos más que de lo que pudimos ver a través del calidoscopio de nuestras manos sobre la frente: la paliza que sufrió Claudio, el desmayo de la alemana, las risas y los gritos. En el interior, en el inmenso cajón del pudor, alimentaba otras cosas y era esa la noche que estuvimos solos, nos escapamos de la mano y tirados junto al canal, descansaste el brazo en mi espalda mientras mirábamos como se desmadraba San Pedro y Pablo.

Hubo otra fogata en mi vida, Patricia, y las circunstancias, las vueltas de la vida, quieren que al fin lo oigas de mis labios, aunque todos lo sepan ya en Empalme. Soy débil. Tengo la justificación del tiempo, la necesidad de que te lleves de mí la mejor imagen; puedo valerme de ese pretexto para hablar.

Esa noche Galindo sermoneó una defensa después de una estafa, una estafa de esas que no se cobran con abogados, ni se reclaman a menos que estés dispuesto a algo más que reclamar. Ladró que tenían que enseñarme a perder. A mí me lo dijo, que estoy pleno de derrotas, que decidí hundirme en su barro para ya no perder. No sonreí como los demás. Me temblaban las piernas y las manos que escondía en los bolsillos, pero mi expresión era inmutable. De algún lado, quizá la dignidad perdida, el orgullo, saqué esa valentía infantil. Le pregunté si había asegurado su casa como la madre lo había hecho con el kiosco. Y te juro, Patricia, que si me hubiera mirado de otra forma y no parado frente a mis ojos de odio con ese gesto cínico que bien esconde en las fotografías de los diarios y en los afiches, quizá no hubiese decidido, horas después, regar con nafta el contorno de ese rancho, sus chapas, sus maderas vulnerables a la voracidad del fuego, dejar caer el papel encendido sin saber realmente que adentro, junto a la mercadería, los afiches desnudos, la pintura, estaba él con una de sus mujeres y los galgos que criaba para las carreras de San Nicolás, todos respirando fuerte el frío

de la intemperie, oliendo con sospecha, seños fruncidos, el humo que trepaba por las paredes.

Lo vi arder desde la ruta, vi la luminosidad crecer entre la nada. Sentí orgullo de que fueran ellos los que por vez primera probaban el sorbo amargo y frío de la derrota. Después supe que los perros estaban enjaulados y que no pudo sacarlos. Por todo esto me fui, para que ese pequeño triunfo no fuera un boomerang. Me perdí en el cemento arrollador de otras ciudades, desistí de esperarte, de ver cómo eran otros los que se llevaban a sus autos el anhelo por el que daría todo –sí, Patricia, en ese entonces hubiera dado todo, lo escaso, lo ilusorio– y que hoy tengo aquí, con las horas contadas, con la ironía habitual de estas cosas.

¿Quién escribe esta novela en el papel del tiempo, Patricia? ¿Es el mundo que se mueve solo, como un tentempié; una eternidad sin orden, caprichosa? ¿Es un ser a quien hay que adorar para que no nos descomponga?

Sea quien sea, es tan impiadoso y abominable como nosotros.

Cuando Alejandra entró en la habitación al alba, para reemplazar a Maximiliano, su amigo dormía quebrado entre dos sillas, con el cuello rígido, los brazos de almohada. Un poder fútil sobre los ojos cerrados, cercados por el silencio quieto de la hora.

Un gemido interrumpe la quietud. Llega despacio, tenue, pero allí suena como un trueno, un papel que se rasga en la clase solemne. Es un quejido impotente; solo la consistencia blanda y deforme de un ruido que se va aplacando cuando el aire ha abandonado los pulmones. Las sábanas de la cama del viejo se mueven y como en oleadas llega hasta Alejandra el hedor, que es nombre y materia cuando el viejo puede sacar una mano empastada por debajo de las sábanas. Alejandra recuerda en ese instante que el hijo del viejo, el que había salido corriendo después de tirarlo en la habitación, no volvió a visitarlo. La llama. Le pide, moviendo los dedos sucios, que se acerque. Lo hace lloriqueando. El asco deviene en una inabarcable tristeza. La garganta de Alejandra se cierra hasta el dolor. A medio camino, con la respiración contenida, da cuentas de que podría haber llamado a la enfermera o buscado ayuda en la guardia, pero prefiere no volver sobre sus pasos, acaso para no desairar al viejo, para no completar su vergüenza.

Doctora... por favor.

Ya sabe que va a excederse de su compromiso formal, de su voluntad. Que no va a aclararle a ese hombre conmovido, desesperado, que ella no es la doctora, que va a correr al baño a buscar agua para limpiarlo, que va a pasar su mano por la frente pálida hasta que vuelva el sueño.

Vuelve a gemir, pronuncia ahora nombres desconocidos, balbuceados. Acuesta la mano al costado de su cuerpo y vuelve a confundirla, vuelve a llamarla de todas las maneras posibles y es probable que haya sido la hija, la esposa, otra vez la doctora.

Camino al baño encuentra una enfermera y la acompaña hasta la habitación. Lo dan vuelta sobre el colchón como a una criatura. Mientras le cambian las sábanas –el viejo derrumbándose en una silla– Alejandra toma su mano ya limpia y busca los ojos hasta que puede verla, hasta que puede sentir –ella así lo quiere– que todavía hay alguien en ese agujero, alguien dispuesto a tan solo esperar, a tocar el cuerpo de otros sin asco, a preguntar nombres, fechas, intimidades. Está decidida a hacerlo por él y por cualquiera –está en vena, siente que su pecho se hincha– y anticipa el placer de poder después contarle a Maximiliano lo que ha ocurrido, despabilarse en la sala de espera, tomar un café.

Las enfermeras se van después de acostarlo y ella se sienta junto a la cama y le acaricia la frente.

Hoy es viernes –balbucea, apenas sonriente–, hoy vamos con los muchachos a la Schlau. Intenta levantarse, busca la ropa al pie de la cama, como si fuera una mañana de sábado, como si hubiera sol caldeando el mosaico, delatando el polvo del aire.

Los muchachos, la Schlau.

Alejandra le sonrío también, y lo acuesta antes de que la aguja del suero lo lastime. La mira, se recuesta despacio y la sonrisa se va, se esfuma, y ella piensa que es increíblemente siniestro cómo una sonrisa deja lugar tan rápido al miedo, y el miedo a una mirada perdida, una mirada que ya no es humana, sino un faro apagado y opaco, un vidrio de estación abandonada, o de panteón.

Rosario Oeste estaba rodeada de maleza y casas. Un corredor solitario, con relojes que sobresalían de las paredes, exhibiendo la hora de otros días. Rosario Oeste tenía sí una boletería que no atendía nadie, un tren fantasmal que pasaba los sábados sin detenerse, un tren del mismo tiempo en el que pararon los relojes. Estrella del Norte, los pómulos salientes, la mirada cansada, el equipaje de arpillera y cartón.

Lobo se sentó muchas tardes en la plaza que se desintegraba sobre calle Paraná, agrandó la arena con la punta de los pies, sentado en una hamaca masticó la bronca, el rechazo de las mañanas y las tardes en las que, humillado, dobló cada vez en su bolsillo la carta de recomendación mentida por Agüero, escrita horas antes de lo que para él había sido su segunda muerte (la segunda muerte de otro), presentada en galpones, fábricas, supermercados que jamás había visto tan inmensos. Durante unos meses frecuentó una parada de changarines en Nuevo Alberdi. Cargó bolsas de cebollas y harina, recolectó verduras en las granjas del camino viejo a Soldini, amasó puñados de barro que después fueron ladrillos, y quedó parado allí, muchos soles y lluvias, hasta volver a la estación para comer las migajas y mordiscos que estiraba hasta ya no poder hacerlo. De una de las granjas consiguió cincuenta kilos de hortalizas que fue cocinando en pozos de barro, con brasas de madera, tapándolos con chapas y yuyos verdes.

En una de esas tantas esperas en la parada conoció a Chapita, su segundo amigo –el primero era ya una leyenda, alguien que se iba perdiendo, que solo existía prendido de una promesa–, otro hombre que con el tiempo habría de querer y a quien ofrendaría lealtad. Sentados en el cordón, al pie de los autos que arrasaban el polvo, un día en el que faltó el trabajo como tantos otros, lo oyó hablar de un barrio de muchas manzanas, de edificios cuyas terrazas alcanzaban la vista del río, de la luna pintada en el sereno reflejo del agua, cuando estaba plana e inmóvil antes de la noche.

Le habló de lo que se podía comprar en los pasillos a toda hora, porque la ley solo entraba en sus laberintos con la Guardia de Infantería. De los grupos de muchachos sonrientes, de alegría inocente —él agregaba al relato de Chapita, en su imaginación, la rudeza que suponía necesaria para sobrevivir en un lugar así—, los muchachos que se reunían los domingos al mediodía a tomar vino en caja, con pedazos rocosos de hielo, envueltos en banderas y esperando el camión que los llevaba a Tablada. O los que después de fumar cocinaban en un disco arroz con azafrán y lo engullían hasta hartarse, para después volver a fumar —Lobo aprendió en esos pasillos que fumar calmaba el dolor de estómago y de nudillos— y recomenzar la ceremonia hasta que el cuerpo ya no aguantaba el sueño o la acidez. Oyó hablar de las calles de tierra que bajaban a la olla, entre los ranchos y los almacenes rodeados con bancos de troncos y piedra. Allí sentados, en el verano que se aproximaba, iban a reír y a confesarse, separados por un porrón de cerveza, camino al muelle viejo, el muelle de maderas desvencijadas que eran trampolines y camas de siestas al sol, junto al rumor de la orilla.

Su amigo era más joven, pero su voz y su mirada se notaban sentidas, agotadas; cierto peso de la vida lo hacía más respetable, más confiable que todos los que había conocido en la ciudad. Tenía el pelo largo y enmarañado, la cabeza de una muñeca olvidada en un techo. Las piernas y los brazos eran raquíuticos, piel oscura, ojos negros y honestos. Siempre acompañaba las palabras con palmadas en la espalda.

Una noche, tras las risas y el hambre, cuando los párpados caían contra la luz artificial suspendida entre los postes, compartió también sus secretos: aquello escondido tras la promesa consagrada en la puerta de un club de Santa Fe, los hechos que lo corrieron de San Jorge. También en ese momento, descubriendo a medida que los recuerdos se atoraban en el paladar, tejió una odisea desde el día en que se fue de su casa hasta esa noche, y se sorprendió de lo que había conocido: un pueblo en el que solo

quedaba una parcela en el cementerio y dos familias con abuelos agonizantes que se la disputaron en una oficina del municipio, decidiendo por el orden de llegada de la muerte. Se llamaba La Italiana, cerca de Corral de Bustos, cerca del monumento al mate, donde unos ladrones de bancos dejaron –dentro del mate– el botín, apremiados por la persecución. El casco de una quinta abandonada, donde se había torturado a personas, encerrándolas en jaulas con ratas hambrientas; mujeres embarazadas, niños, viejos; un túnel que la comunicaba con otra quinta, a metros de la ruta. Una estancia donde trabajaban mujeres rusas, que en un determinado día del año se internaban en el bosque con mantas y se dejaban coger por todos los peones; la carne pálida, los vellos rojizos, las tetas pecosas, los pezones rosados. Una ciudad donde los hijos de los ricos le daban palizas a los negros; otra donde una abuela mató a su nieta con el revés de un hacha, la enterró en el fondo y pidió hielo a toda la cuadra hasta poder sacar el cuerpo para esconderlo en una casilla del gas. Una mujer muerta que se aparecía en las noches a reclamar el amor de su hombre, el mismo que la había decapitado con el tren de aterrizaje de su avión fumigador. Una fila de miles de fuegos, pequeñas luces de vela, un sendero de chispas caminando por la oscuridad de la madrugada entre los maizales, una virgen cansada, todos pidiendo en rumores por la salud de los enfermos, por el trabajo, por la comida que tenían allí, creciendo alrededor de ellos, tan lejos.

No pasaría mucho tiempo hasta que Chapita le pidiera que lo acompañase a su departamento. Cierta solemnidad en la voz le sugirió a Lobo que se trataba de un privilegio.

La puerta de entrada era una cortina raída que flotaba con la brisa de la altura. Estaba en un noveno piso y en verdad pudo ver el río y la luna, aún de tarde, confundirse con el celeste claro desde una de las ventanas de la cocina. Los muebles parecían gigantes, apenas quedaban intersticios entre los vértices para avanzar desplazando sillas con las manos.

La madre estaba bañando al hermano; podía escuchar el chapoteo, la voz balbuceante. Chapita cambiaba la mirada cuando hablaban del hermano, muchas veces le había dado la impresión de que le molestaba desplegar ese cariño, exponer su sensibilidad.

Lo mareó el olor de la humedad, el sopor de las paredes cerrándose sobre las alacenas, el eco del televisor. Extrañó el perfume grave de las vigas, del polvo adherido a las aberturas; ansió la soledad vacía y fresca de la estación, el viento que a veces trotaba por los andenes y los fondos de las casas de calle Sucre.

Dejaron sobre la mesa una bolsa de pañales y alimentos. La mujer apergaminada, con el vestido mojado en el pecho, lo saludó con un beso cordial, entrañable, pero expresando con el gesto la reserva por no querer saber de dónde provenían las bolsas. Quizá, pensaba Lobo, entre todos los trabajos que hacían juntos –hacía tiempo ya que no iban a la parada de Nuevo Alberdi– era posible disimular ciertas cosas que de alguna manera estaban prohibidas a los oídos de su madre. Tomaron mate y oyeron, de la voz de esa mujer con la cara tras las arrugas, sobre nombres desconocidos para Lobo que habían grabado su coraje en la leyenda del barrio, otros que se irían del mundo o de todo registro conocido sin importarle a nadie, o que transitaban la existencia hacia la nada, salvo una rúbrica, quizá algún

expediente precario en el archivo del cementerio La Piedad, y el cuerpo, lo que restaba de ellos, en la promiscua fosa común.

Hablaba desde el baño, desde esa ceremonia cotidiana de bañar al hermano. En un flash, quizá de camino a la cocina a tirar la yerba húmeda, vio la bañera, los brazos salpicando, los movimientos pesados y absurdos. Vio a la mujer arrodillada, exprimiendo la esponja sobre el cabello, sobre los hombros caídos. Ese plano profundo, enmarcado en la puerta del baño, insistiría durante todo ese día, sobre todo cuando en silencio recordaba las lágrimas de Chapita, las lágrimas que vendrían después y que seguramente sucedían a cada entrada, a cada momento en el que afuera de los otros mundos posibles de Chapita, tomaba dimensión de ese mundo, en esas cuatro habitaciones húmedas y rancias que cada día se acercaban un poco más entre sí hacia su centro, aplastándolo.

Tenía 26 años, era el hermano mayor y era así de nacimiento. Jamás había escuchado a su madre pedir su muerte, ni maldecir a Dios, ni quejarse. Es cierto que rondaba por las palabras de Chapita una piedad obligada. Pero no había nada que negara el cariño, la pertenencia auténtica al núcleo filial. Entonces Lobo supo cuál era el mandato de su amigo; había un lugar donde llegar, una estación. El hombre babeante y estúpido era solo otro escollo, otra habitación de la casa. Era con ella con quien había firmado un pacto antes de conocerlo –quizá esperaba a Lobo y lo buscaba sigiloso entre la maraña de sus otros deseos–, antes de soñar cualquier cambio para él mismo, y mucho antes de esa noche en la que, bajo la llovizna fría y con el pecho oprimido por el dolor, Lobo se arrepentiría – y se juraría no repetirlo jamás– de haber sido fiel a un mandato ajeno: si vos me aguantás yo sé cómo ayudarla a mi vieja. Hay un par de lugares donde se lo puede mandar al negrito, pero no tenemos la plata. Yo tengo acá en la cabeza un escruche, tengo el lugar, el día, tengo cómo. Vos me tenés que aguantar y zafamos. Zafás vos, zafo yo.

No quiso oír más, al menos por ese día. Deseaba la serenidad del viaje hasta la estación, el desfile de gentes y autos de la noche por las avenidas brillantes. Por eso prefirió el último asiento en medio del corredor oscuro, para poder observar ambas ventanillas, derecha e izquierda, y que la distancia alcanzara para completar la satisfacción del viaje.

Alejandra recuesta los cubiertos al costado del plato para mirar tres gorriones que sobrevuelan un pedazo de pan, el esfuerzo de uno por quitárselo a los otros y por recuperarlo cuando, a medio despegue, el pan cae nuevamente a la vereda o entre los autos que miran con idiotez la puerta del hospital. Llegó desde su memoria una mañana en Funes, sentada quieta y silenciosa en una reposera, cuando vio a un colibrí suspendido en un rosal, y cómo segundos después un gorrión lo tomó con el pico por la cabeza, en pleno vuelo, hasta hacerlo caer detrás de los arbustos.

Alejandra mira el diario en el que se oculta Maximiliano y recuerda, y necesita compartir ese recuerdo con él. Su abuela nació en Teobald, un pueblo en medio del campo, camino a San Nicolás. Trabajaban en la labranza, criaban gallinas y conejos. Un solo camino llegaba afuera del terreno de la casa: era de tierra, conducía al corazón del pueblo, al baile del club social, al marido previsible, a la misma casa –aunque fuera otra– y al mismo lugar.

Una de las hermanas de su abuela amaba leer. Todas habían hecho hasta cuarto grado, hasta que la resistencia física las hacía imprescindibles en las tareas domésticas o en el trabajo. No le permitían perder tiempo en la biblioteca o comprar el folletín al viajante (la abuela lo recuerda vagamente, mareas breves de imágenes y voces que llegan desparejas, como todo recuerdo indeseable). Entonces pedía de ir a la carnicería. Al regreso, sentada en la hierba rasa de la banquina, desenvolvía la carne y leía el papel de diario húmedo y sangrante. Así leyó sobre el desembarco aliado en Normandía, la liberación del General, así vio la foto esmaltada del hongo nuclear.

Se pierden callados en el paredón de la parroquia, en las leyendas azules que anuncian profecías, en las ramas peladas que no pueden cubrir ya los agujeros grises en la pintura del edificio, en la calle Urquiza que escupe

colectivos repletos de trabajadores, de guardapolvos, de mujeres cansadas que vuelven de autorizar órdenes para no morir tan pronto.

El sonido incorrecto del teléfono móvil quiebra la paz. Maximiliano lo lleva a su oído y asiente mientras escucha la voz de la abuela de Patricia que explica, entre cortada por el cansancio y por el dolor que retuerce las palabras, que la llevaron hace algunos minutos a terapia intensiva, cuando se descompensó, cuando la vio pálida, cuando percibió su respiración dificultosa, casi gutural.

Mira a su amiga y las lágrimas llenan de brillo el gesto que se acercan. Maximiliano le toma la mano y se incorpora trabajosamente para pagar en el mostrador, mientras ella desenlaza su bolso de la silla y se pone también de pie para salir. Hay una brisa fresca que trae a la atmósfera una fragancia, una reminiscencia del viejo verano, de todos los veranos que se juntaron lejos, donde nacieron, donde vivieron juntos días más livianos, más simples. Cruzan la calle sin ganas, quieren ambos que todo quede como está, con ese aroma, con lo que vuelve a veces a conmoverlos, a dejarlos quererse sin la necesidad de estar cerca.

La abuela de Patricia está en la sala de espera. La puerta vaivén deja ver en ráfagas de luz las camillas encimadas, los pies apuntando al cielo. Los mira con resignación, esperando que todos entiendan que está entera, advertida del vendaval que viene tronando, amasando troncos, piedras, horas.

Se abraza con los dos y en medio de las cabezas y los párpados, habla en voz baja.

Se la llevaron; estaba descompensada. Le van a dar morfina otra vez y la van a llevar a la habitación para que se despida de los familiares. Dijeron que va estar consciente un rato.

Maximiliano se sienta en el banco de madera. Se deja caer y advierte todo el peso de su cuerpo, aún más, como si cargara físicamente a todos los Maximilianos: el de antes, el de hoy, el terco, el taimado, el deshonesto, el

vanamente sensible. Abre las piernas y deja caerse entre ellas, tapando su cara con las manos. Despacio, como un ronroneo lejano, le llega un llanto sentido y profundo desde el estómago.

Un rato después.

Los párpados no llegan a cubrir el iris, pueden verse lacrimosos bajo las pestañas, y la boca que murmura, que esconde palabras mudas, como un televisor sin sonido. Nadie, sin embargo, se esfuerza en entender, en descifrar el mensaje que apenas se libera de los brazos del ensueño, del enigmático placer de la morfina.

Maximiliano sostiene la mano sobre las sábanas, posada en las piernas quietas; está sentado, abstraído, escapando quizá de la tentación del recuerdo, de romper la clave de supervivencia: día a día, no hay pasado ni futuro, lo que está pasando ya pasó. Este segundo está viva. En el que viene, pisando al anterior ya muerto, sigue igual.

Un momento antes de sentarse al lado de Patricia, sorprendió en el pasillo a la abuela con papeles en las manos: las cuotas de la cochería, una bolsa con un vestido elegante. Explicó todos los trámites, con fastidio, hundida en el vértigo de la pérdida, sin posibilidad ya de dolor.

Patricia reacciona. Abre completamente los ojos, lo mira. Solo esa parte de su cuerpo se despierta, los músculos de la cara se contraen para lograr cada gesto. La mira también a Alejandra que está parada al pie de la cama, recorre a todos como si fueran extraños, rodean la cama de su infancia, un domingo al mediodía, invaden su habitación secreta. Se revela la angustia, acompaña una frase que ahora sí suena; débil, ausente. Solo Maxi la escucha, sonrío con esfuerzo y susurra la respuesta en el oído, acariciando su frente hasta que vuelve a irse.

Mucho más tarde, en la puerta del hospital, arrinconados uno contra el otro por el castigo del frío, Alejandra le preguntará, con cierta casualidad, qué le había murmurado Patricia, cinco minutos antes en la habitación, acaso sin importarle tanto la respuesta obligada y piadosa de su amigo,

como que él tuviera la posibilidad de desahogarse, de llevarse adentro, para siempre, el puñal de la angustia.

Está perdida por las drogas que le están metiendo. Quería saber dónde estaba su bebé.

A espaldas del médico que se aleja por el pasillo desierto, aún resonando su veredicto en el eco, Maximiliano recuerda una frase quechua, que manchaba una cruz de madera clavada en la tierra árida de un campo santo en Jujuy: en la mitad de la tarde, se le hizo de noche.

Si tiempo después, Lobo hubiera tenido que describir esa tarde, tendría que decir que era como cualquier otra, con las luces opacas –las que aún estaban enteras– bañando la calle, las veredas desiertas, la bruma abrazando el aire, las gentes terminando de desfilarse por los negocios, encerrándose en los edificios, en los bloques despintados que escondían el hormiguero hasta la mañana. Después se oírían desde las ventanas –ojos de buey del barco gris, surcando el margen nauseabundo de la ciudad– las voces de los muchachos invadiendo la madrugada, aun con el frío cayendo sobre las caras.

Lobo y Chapita caminaron las diez cuadras hasta su destino, una avenida famosa con el nombre de la mismísima ciudad, con casas que vieron el horizonte en otros siglos, que se fueron rodeando de la horda urbana, los mercurios, los semáforos, los colectivos que castigaban el empedrado.

Cruzaron juntos el trecho que los separaba de la línea de luces de los comercios y se frenaron en el cantero. Cuando no se habían conocido, cuando Lobo escapaba de las ciudades del interior perseguido por el hambre, hubieran vuelto atrás hasta juntar el coraje, disipar con una conversación el dolor de estómago, el temblor de las manos; pero ya cargaban con eso, sabían que en cierto momento del vértigo esos síntomas del temor devenían en adrenalina, en una furia blanca y limpia que los ayudaba a resolver todo con energía, con frialdad.

No había nada que repasar, lo habían hecho desde el verano, noches enteras, sentados en los bancos del Parque del Mercado, viendo alejarse despacio el humo azul sobre las palabras. El día preciso fue decidido dos horas antes de ese instante en el que ambos cruzaban la calle, con la mirada fija en los zapatos que avanzaban uno sobre el otro en el piso renovado por la llovizna.

Entraron al locutorio. Chapita saludó con una sonrisa a la encargada que extendía la mano desde el mostrador a la última clienta. La luz artificial les empañó la mirada, cargada de sombra y frío. Hubo un alivio al sentir el reparo, la calefacción que impactó en las caras mojadas. Ingresaron en cualquier cabina, como se lo indicaron; y no eligieron la última precisamente por razones de distancia o de estrategia, lo hicieron para seguir caminando, impulsados por la inercia que traían de la calle. Hubieran roto la pared del fondo para seguir andando, pero los detuvo la nueva voluntad, la decisión de terminar con todo antes del arrepentimiento; esa necesidad consciente por empezar con la secuencia vertiginosa de hechos que terminaría, como lo habían imaginado, con el regreso al barrio y la puerta abierta a otra realidad.

Abrieron el bolso que aferraba Lobo. Envueltos en una polera vieja y deshilachada, los fierros se perdían en el nailon. Se dieron la mano por debajo de la repisa que sostenía el aparato telefónico. Habían marcado un número al azar para justificar la llamada, alguien contestó del otro lado y oyó el corte abrupto. Salieron: Chapita por delante, apuntando a la dependiente que aún no miraba hacia el fondo –continuaba martillando una calculadora con la punta ciega de un lápiz–, por detrás Lobo, sereno, convenciéndose de su firmeza, de su eficiencia. Llegaron hasta el mostrador y ahora para la mujer pálida y temblorosa era obvia la circunstancia, un plano detalle del brillo metálico de la nieve encima de su nariz, el olor familiar de la grasa en el acero. Los gritos le llegaban certeros y profundos. No pudo entender qué le pedían; pero el contexto fue claro y entonces las palabras fueron solo un sonido que debía estar para evitar el silencio. Lobo se acercó a la puerta y la trabó con una vuelta de llave. Le pidió a su compañero que acelerara las cosas, mientras veía cómo las manos de la mujer revolvían los cajones del mostrador, dejando caer con torpeza los billetes que se amontonaban junto a las manos de Chapita.

Lobo se sobresaltó cuando la agarró del pelo y la arrastró hasta la cabina del fondo. Recuperó la tranquilidad cuando segundos después lo vio regresar sonriendo, ya sin esa mirada perdida y tensa que traía cuando se dirigían hacia la caja con los fierros.

Tomó todo el dinero y lo embolló en el bolsillo del pantalón. Abrieron la puerta y salieron a la calle, caminando rápido, apenas trotando.

¿Qué le hiciste a la mina?

Nada. Le di un culatazo para que no saliera a gritar.

Lo miró desconfiado, acaso por primera vez hubo un sigilo de duda entre los dos.

No le hice nada, boludo, le di un porrazo nomás.

Vamos más despacio hasta la columna y ahí doblamos corriendo.

La esquina llegaba como un montículo de tierra en mitad del mar, se agrandaba con certeza y alivio; en la espalda, la ignorancia, el terror de que lo esperado cambiara, lo únicamente posible. Dos pasos antes de la esquina no soportaron la incertidumbre, el pacto de no mirar sobre los hombros para evitar sospechas, aunque sintieran la voz acusante –ya la sentían– de la mujer con la mancha morada sobre el cabello teñido. Empezaron a correr.

Lobo oía con satisfacción las risas de Chapita a la carrera, ya a mitad de la cuadra, después de doblar. Veían ambos un baldío que empezaba a unos metros y que cruzaba la cuadra en diagonal a otra manzana y más allá de ella las cortadas y las calles angostas que se cubrían de árboles, de oscuridad salvadora. El primer estampido los previno. Estalló el parabrisas de un coche estacionado. Ya después el griterío y la seguidilla de explosiones confundieron las distancias y la noción exacta del riesgo. Esperaban que el patrullero en cualquier momento los rebasara, que se apearan frente a ellos para acribillarlos. Lobo corría exaltado. Dejaba atrás el baldío cuando dio vuelta atrás la cara en busca de su amigo.

Si tiempo después hubiera tenido que describir esa noche, esa tarde ya oscura, hubiera inventado algunas cosas:

Chapita se frenó en medio de los yuyos que apenas lo ocultaban del tiro de la policía, me dijo que parara con él, que hiciéramos juntos el aguante. Nos plantamos y empezamos a los cuetazos. Se oían los truenos y la réplica en las paredes y los vidrios. En la oscuridad parecía que los fogonazos salían de las mangas de las camperas. Las personas que caminaban por la calle estaban en el piso, o acurrucadas en los umbrales. Entonces lo bajaron. Alguno se había acercado por el costado del baldío, y no tuvo más que apuntar con paciencia y tirar. Cayó a mi lado, quieto, ya sin la fuerza ni las ganas de levantarse. Apenas pudo meter la mano ensangrentada en el bolsillo para darme la plata. Cerró los ojos y se me fue en los brazos.

Pero no hubo tal batalla. Lobo no paró de correr. Chapita tampoco, pero iba a su espalda y fue el más fácil. Pudo ver el cuerpo agonizante entre los matorrales, desde abajo de un camión estacionado a unos cien metros, los policías rodeándolo, sacándole papeles de la ropa.

Se arrastró por debajo del camión hasta otros autos y salió caminando, protegido por la pared blanca de una escuela. Antes de subir a cualquier colectivo, escuchó un disparo más, perdido y absurdo.

Sintió un vacío pleno y agrio apretándole el pecho. Se perdió finalmente en calles que nunca había pisado, rejas abrazadas por enredaderas, celosías oxidadas, veredas cerradas por las raíces. Siguió el impulso de la noche, el aroma fluvial que empezaba a expandirse, a envolverle la piel con su densidad, con la frescura natural de su llegada. El río ancestral que había visto también cómo la ciudad devoraba el campo, el tiempo lento y cansino del trabajo, la ingenuidad de la gente.

Recordaron que aún quedaban cosas en la habitación. Alejandra es la que logra entre los demás –que esperan en el bar la salida de la ambulancia– ponerse de pie y volver desde la calle hasta el interior del hospital, desandar los pasos de la caravana taciturna que los alejó.

Camina rápidamente entre las voces. Desearía –ilusión imposible– que la acción de andar hasta su destino fuese instantánea, que el paso que se despega de la vereda, al caer, lo hiciera ya sobre el piso de la habitación. No quiere cruzarse con la abuela de Patricia –lo ha reconocido en su fuero interno, espantando el remordimiento– que está terminando los trámites para retirar a su nieta. Alejandra no desea compartir esa etapa ajena del dolor, no le pertenece ya oír el lamento, las referencias a los rituales que faltan.

De uno de los pasillos emerge una mujer acompañada de un hombre, carga un bolso y un sobre blanco con radiografías. Intuye que le han dado de alta, le han otorgado una oportunidad, una prórroga. Siente una dentera maliciosa y perturbadora. Comprende que podría envidiar a todos los vivos y a los sanos. Le resulta más bochornoso y cruel considerar que cambiaría la muerte de todos ellos a cambio de lo que desea.

Llega a la habitación. La cama está prolija, y acaso la sentiría fría si se atreviera a tocarla, a rozar con la mano la colcha recién desplegada por la mano de la enfermera. Empieza a separar lo que ya no sirve, lo que afuera de esa habitación es inútil. Lo hace sin detenerse en cada una de las cosas que planean ahora hasta el cesto, mecánica, inconsciente; sabe que muchas de ellas fueron tocadas por Patricia, tienen aún su saliva, su aroma débil y familiar. Toma el bolso que cuelga de una silla que está al pie de la cama donde durmió, desde donde pudo ver la fuga de los colores de ese rostro que ahora persiste en su memoria. Espera, cree esperar, el tiempo suficiente para no olvidarse de nada, para no volver y salir caminando rápido, de la misma forma en la que volvió. Entonces la explosión del llanto llega antes que las

lágrimas, las expulsa de los ojos con el grito, con la desesperación del desahogo. Por un momento intenta sentarse en la cama, cubrirse la cara y atajar las lágrimas hasta que las manos resbalaran de sus pómulos, pero no se lo permite.

Se incorpora para irse, pero no alcanza a dar la espalda a la habitación cuando oye la voz débil desde el rincón. Había visto al viejo al entrar, debajo del promontorio de frazadas; lo había ignorado como a un desecho más de la agonía. Asoma la mano exangüe sostenida por el suero, marioneta muerta llamándola.

Doctora. Venga doctora, por favor.

No se molesta esta vez en volver a aclarar lo que es obvio para ella, lo que es tan real para él. Se acerca despacio hacia el susurro, en la sombra que se dora con la luz del velador. El viejo ya no desea hablar, solo con la mirada hace posible el diálogo. Le señala una cartera negra, percutida y mugrienta, con su broche inhábil, olvidada en la mesa de luz junto a los lentes tuertos y las llaves. La alcanza hasta las manos temblorosas que ya hurgan en el interior. La saliva cae de las comisuras en una cuerda. Alejandra espera, con incertidumbre, lo que aparecerá; es parte ahora de lo que hace instantes solo parecía un disparo de ciego, una demencia.

El viejo exhibe un sobre de papel madera, roto en los costados, manchado con lápices. Lo aprieta con celo. Se lo alcanza con los ojos alerta, con la firmeza que empuja la confianza o el último aliento.

Doctora, por favor, dele esto a mi hijo.

Alejandra toma el sobre y él desea –lo nota en el gesto, en la leve inclinación hacia arriba del mentón– que ella revise el contenido.

Del interior se abre un fajo de billetes; llega el aroma inequívoco. Australes. Dinero que ha dejado de circular hace años. De cien, de cinco, de uno. Muchos de ellos intactos, relucientes, como si hubiera salido, arrastrando su cuerpo en decadencia, hasta un banco perdido en la calle de

otro tiempo. Apenas estuvo de sonreír cuando vio el rostro ansioso que esperaba una respuesta.

Déselo, por favor, a mi hijo.

Es tan absurda, allí parada, actuando, las ganas de decir: pero su hijo no vino más, abuelo. Lo dejó acá y se fue. Yo estaba la noche en la que lo tiró en esta habitación y salió disparado como si lo persiguiera un ánima. Yo lo cuidaba a usted; yo y otro amigo. ¿No quiere que le demos la plata a algún otro pariente que valga la pena, que se lo merezca? ¿No quiere llevarse toda esta guita a donde se va a ir dentro de algunos días? Allí, a lo mejor, es todavía moneda corriente.

El viejo la mira, atento a la ironía que se dibuja en los ojos, a la manera aprensiva con la que acaricia el dinero.

Por favor, quiero que se lo dé a mi hijo

Lo mira con piedad, con un cariño cercano, consabido. El estira la mano de la que cuelga el suero y roza la de ella, agradecido. Se da vuelta entre las sábanas y se dobla sobre su cintura, somnoliento.

El cruce que anuncia su nombre después de Pavón. La virgen ganando manchas y hongos en la túnica, escondida en la curva, de espaldas a los que llegan desde el norte. Las vías irrumpen en la ruta a la vuelta de la nada, del campo que se abre contra el crepúsculo. Detrás de las vías, los negocios que fueron perdiendo el color, los hombres que quedaron allí, maniqués de papel, las horas cayendo como el granizo, deshilachando la piel. Hay un bar en esa esquina y me pregunto si alguna vez habré encontrado una razón suficiente para sentarme en esas mesas de corcho, depresivas y agobiantes.

Perdidos con las bicicletas sabíamos que no era difícil volver, seguir los durmientes hasta el galpón que ofrece su nombre a la altura, demasiado inmenso para el caserío que insiste con su hastío, que plantó sus últimas paredes bordeando las acequias. Ese galpón ahora es el obrador, las máquinas de riego que lloran las calles de tierra, despintándose debajo de los sauces.

Más allá de las barreras hay vagones naranjas y grises que lavan el polvo con las lluvias que resisten cada mañana sobre discos que olvidaron el giro, ventanillas que no guardan nada. Después, la estación abandonada. Fue más tarde un centro cultural en el que colgaron las pinturas de las jubiladas, donde la murga desfiló en el carnaval hasta que los niños crecieron demasiado en los trajes de lentejuelas y se fueron a Rosario. Un espejo del polvo que borroneaba el frente del pueblo. Un depósito de Galindo, cajas de leche de Promoción Social, banderas cambiantes, una zorra juntando óxido. Los caños finos que sostienen el tinglado, las puertas que ahora son azules; no recuerdo el color original, ni qué hacían los hombres cuando era una

estación, cuando ejercía su entidad y la rebasaban los trenes llevando trenes y trayendo granos del puerto de Villa.

Veó adelante, desde el auto que avanza por las calles desiertas que se alejan de la ruta, la ambulancia que lleva a una mujer inexistente, una mujer que ha quedado trunca en el deseo y la ilusión de otras cosas. Allí va un ensueño, un espejismo que empezó siendo cierto, como todos –para mí, para ella misma– que llegaba desde aquí a Buenos Aires, envuelta en el difuso y opaco devenir que suelen traer los recuerdos.

Yo sostuve el borde del ataúd para que lo clavaran, mientras todos gemían. La encerré bajo la madera reluciente, sin mirar la palidez que asomaba entre los tules. Yo la cargué hasta el interior de esta ambulancia que cruzó la ciudad, que caminó con esfuerzo bajo la luz blanquecina del auto en el que viajo, que ahora serpentea llegando al paso a nivel, acercando su cuerpo –cuerpo, carne, es solo eso y puede sonar torvo, repugnante– a su pueblo natal, a los pocos años felices, a la última vidriera de los afectos, de las personas vanamente conocidas, de los morbosos que siguieron por pistas su enfermedad; a Empalme, la ciudad que debe el nombre a algo que apenas existe.

Esperábamos agitados detrás de la estación cuando el tren reptaba suave, tecleando las vías y ladeando el pueblo. Saltábamos a la carrera sobre los vagones planos, colgando los pies a la brisa del andar. Tirados en su lomo, saludando audaces a los que miraban su paso como se miran las cosas que indefectiblemente suceden. Poníamos monedas sobre las vías antes que pasara la máquina, para que las dejara chatas y lisas, como si un caudal furioso de agua las hubiera acariciado millones de años; monedas que ya no servían, que apenas eran la milésima parte de un caramelo. Nos recostábamos desafiando su paso hasta oír el bramido de la bocina, deseando escucharlo para correr, para dejar atrás el miedo a lo que tantas veces habíamos visto o escuchado: los miembros desprendidos, el golpe fulminante.

Cada aniversario del pueblo, en los actos que se desplegaban sobre la vereda de la delegación comunal, hacíamos una representación de su fundación: las vías –los niños acostados sobre las baldosas, algunos a lo largo, tomados de los pies, y otros cruzados en medio de las paralelas–, el tren que las surcaba –la hilera de los más livianos, saltando entre los cuerpos sonrientes–, la barrera hecha de cartón y afiches de colores.

Hemos entrado al pedregoso y gris corazón del pueblo, las calles idénticas que no guardan más que la rutina y los secretos miserables de quienes las habitan. En la puerta de la sala velatoria están agrupados todos, esperando. Todo es eso, esperar: el mejor instante, la fortuna, la felicidad, un tiempo mejor, una casa propia, un trabajo más o menos digno, un auto, un hijo, un alivio a como dé lugar, un disparo de la suerte, y al fin, siempre, llega la ambulancia.

Va a empezar la ceremonia siniestra y lacerante; hasta aquí llego yo. Voy a rodear a la gente, a saludar a los que me miren, a abrazar a Alejandra en el primer quiebre, a caminar hasta la esquina para escaparme. Nada de lo que queda adentro ni siquiera es recuerdo.

Lo llevaron a una oficina alfombrada, en el sexto piso del único edificio de Villa Constitución. Memorizaba cada nombre –ese nombre estaba también suspendido en las arpilleras que cruzaban las calles y la ruta– y cada detalle de los lugares a donde iba, como si eso le diera una ventaja en la eventualidad.

Nunca antes le habían hablado del Partido, ni tampoco sabía a ciencia cierta quién les había dado su nombre. Lo fueron a buscar a Rosario en un auto compadrón, reluciente, como si el polvo de la ruta resbalara. El trabajo era fácil. La forma en que lo describían lo hacía parecer simple, pero conocía el significado de esas palabras disparadas al azar. Algunos desalojos, cobranzas, escarmientos. Nada cerca del jefe. Nadie que debiera alguna muerte podía acercársele y al parecer conocían sus deudas.

La voz grave le dio la bienvenida y unos billetes para que pudiera rebuscárselas mientras se establecía. No podía quedarse en Villa Constitución, iba a ir a un pueblo lindero: Empalme.

Dijo también –el jefe– que a un hombre podían faltarle muchas cosas pero nunca una ocupación. El trabajo, decía, acercaba al hombre a la dignidad, y quien no lo tenía tampoco tenía excusas, porque trabajo había; en un país como este, próspero y grande, nunca faltaba el trabajo.

Le explicaron que debía esperar, y en el caso de necesitarlo, alguno de los muchachos que dejaban de sonreír cuando la voz grave crecía lentamente por la habitación, iría a buscarlo.

Le dieron a elegir varios lugares en donde quedarse: una pensión, un rancho a la vera de la ruta, la vieja estación de trenes. No quiso perder la costumbre.

Es todavía invierno, la mitad de un invierno que vacila en el final del día, con la ausencia del sol enfriando un poco más la chapa del tinglado.

Lobo escruta el fondo por un ventanal, las casas viejas que imponen su época en la calle trasera, bordeada de zanja y de ranas.

Más allá está la pampa, el horizonte que se corta con una línea de árboles; entre ellos y él se ensancha el verde, la tierra fértil, la esperanza que fue pasando de voz en voz, en las praderas y las montañas frías de Europa, en el piso estéril de las estepas, la esperanza que fue pasando entre pocas manos, siempre, hasta quedar en una.

Lo mira como propio, como se adueñó también de las ciudades, de las aguas inmensas, del aire que corre furibundo y gélido por el cañadón de las avenidas. Lobo es otro. Es Lobo. Tiene ahora una estirpe, lo llaman por un nombre que lo constituye y cuando suena en boca de otros trae el relato firme y exacto del miedo, de lo que quiso ser aun cuando lo ignoraba.

Prende el calentador y en él atemperará la sopa espesa de la cena. Va a revolver con cuidado y silencio el volumen verdoso del líquido hasta la explosión de las burbujas, con una cuchara que lleva desde su primer hogar en San Jorge. Hay una mujer rubia dando vueltas allí, un hombre marcado que lo enorgullece –no el hombre, sí la marca– y la primera sensación de control sobre sus manos, sus reflejos, sus pensamientos que se adelantan a los otros en el momento de la sangre.

Lo demás está perdiendo su certeza en la neblina, se desvanece. Lobo piensa que su memoria es apenas un puñado de hechos que se van empujando unos a otros a un hueco. Aferra algunos, los que puede, otros se prenden –los recientes– de la carne de los dedos.

Golpean la puerta con cierta urgencia.

Maximiliano cruza la plaza en diagonal desde Rivadavia. Vuelve a sentir el susurro sostenido de los fresnos meciéndose con la brisa. Vuelve a la vieja plaza, la plaza por la que viene desde el este el libertador General Don José de San Martín, rígido y orgulloso, soportando con estoicidad la pintura en aerosol que mancha su uniforme. En el oeste Belgrano, mirando pálido y desconcertado un mástil sin bandera. En el norte la madre apretando a su hijo, sofocándolo en sus brazos interminables, y frente a ella, en el sur, siempre el sur, Evita, con la nariz rota, la esfinge menos dulce, pero la más fuerte, el rodete y su cara débil, la Evita de la renuncia en el balcón. Maximiliano prefiere la foto del tren: etérea, el cabello flotando al viento, la sonrisa honesta.

Escucha la voz de su madre anunciando la cena. Escucha las sirenas del turno nocturno de las fábricas, ve a su padre caminar entre otros obreros, las luces amarillas pendiendo sobre la estructura del galpón, las luces que envolvían con su color cálido del alba los defectos de la monotonía.

Camina indeciso rumbo a la otra cuadra, al lugar que tenía planeado visitar desde que salió de la sala velatoria. Ahora, a tan solo metros, las dudas y el temor lo borronan y empujan en retroceso su cuerpo, la caída a la garganta de una catarata. Detrás de la estatua de Belgrano, llegando a Irigoyen –la calle de la casa de sus padres– el altar repleto de placas que festejan los cien años de la ciudad, la placa del gobernador que felicita afanosamente a Empalme por su centenario y, vulnerable en la intemperie, la maqueta que suena a presagio y a burla: una estación a escala, con las vías vacías, los andenes sin gente, la estación que todos los que llegan pueden ver como si siempre hubiera sido así.

Lobo sube al auto, al asiento trasero, poniéndose con dificultad el pulóver para satisfacer el apuro del jefe, que lo mira desde adelante con la espalda y el cuello torcidos, el brazo en el respaldar del conductor, el mismo

que golpeó la puerta con imperativo furor, que le advirtió con miradas la urgencia, el mensaje que debía leerse: este trabajo al que te llevamos es el trabajo fundamental para el que te trajimos, es la prueba.

Galindo es el nombre, recuerda. Deduce en sus ojos esa hipocresía, esa condescendencia piadosa y traicionera que suelen tener los que ordenan la muerte de otro, como si detrás del fracaso o la inexactitud siguiera indefectiblemente su propio final, su paso de victimario a víctima.

Lo vieron esta tardecita llegar y recién andaba caminando por el pueblo. Vino a un velorio. Esperá que esté en algún lugar tranquilo, total acá no te conoce nadie, y se la das. Después te vas a Rosario; te va a llevar el muchacho y él te va a pagar cuando termines. A mí bajame acá.

Sentado adelante, la ventanilla cerrada y el humo del tabaco invadiendo azul el frío del interior. Empiezan la ronda de la espera. Miran – su compañero busca la cara familiar, las señas que le han dado para encontrarlo– a las últimas personas que vuelven a sus hogares escapando del frío, de la quietud mortuoria que se expande con la bruma. Algunas gotas caen, apenas rocío, y Lobo desea recibirlo en la cara, sentir por un segundo los agujonazos helados, la vitalidad y el fragor de la noche, fingir que no está haciendo eso, que está caminando sin rumbo, como el hombre al que buscan y creen ver sentado en la plaza central.

Siguen dos cuadras, dan la vuelta, vuelven por Rivadavia para verlo desde el otro extremo y abordarlo por la espalda. Cuando llegan, ya no está.

Maximiliano hubiera querido decirse a sí mismo que la casa está igual, que tiene esa sensación de volver a un lugar de donde había salido esa misma mañana, y el tiempo en Buenos Aires, los viajes a Brasil, el pánico en la aduana, la muerte de Patricia, todo podía caber en ese mismo día que debería terminar con su mano bajando el picaporte.

El balcón de su habitación está cubierto por una media sombra que ha perdido el color y la integridad, atada y enroscada con alambre a un costado. La persiana de la ventana del frente está torcida, sus hendidias

desparejas. Cubiertas y tarros apilados tras el pequeño tapial. Cruzando de vereda, sus ojos pegados a esa persiana desprolija, casa abandonada, puede ver apenas el resplandor de un televisor que alumbra con destellos el interior. Una sombra cruza la luminosidad de la pantalla y Maximiliano se aleja. Parado, ahora, frente a la puerta, hesitando, comienza a dar pasos hacia atrás y definitivamente da la vuelta hacia la plaza. Prefiere no pensar en el arrepentimiento ni en lo que deja –no solo esa noche, sino todo lo que ha dejado y lo que dejará– y comienza a rezumar de su tristeza una pequeña y remota fuerza, un deseo de aplastar el duelo y continuar.

No cruza a la plaza principal, prefiere una pequeña que está en la ochava, con toboganes y bancos más cómodos. Vuelve el cuerpo al rincón sombrío de la pena, a la rápida frustración de aquella voluntad que se desvanece. Sentado, con las manos sosteniendo el peso de su cabeza y de la angustia, rompe otra vez en llanto, pero esta vez no hay susurros ni quejidos contenidos, deja escapar los gritos, deja salir del pecho la congoja y por momentos no hay lágrimas pero sí un alarido de dolor y de asco, de cansancio.

Después de tres vueltas lo ven. El auto se agazapa en la oscuridad de los árboles de la plaza que la esconden del mercurio. Hubiera preferido no encontrarlo y quizá, si hubiera sido así, se habría ido a Rosario esa madrugada, con el dinero que le habían dado para los viáticos, la ropa de abrigo nueva. Al bajar del auto siente la llovizna en la nuca, las gotas que se van engordando y que ya manchan visiblemente los mosaicos marrones de la vereda. Las siente frescas y libres en la cara. Alcanza a verlo desde el extremo de su camino, quieto, temblando entre los brazos. Lo ve vulnerable a la sorpresa y ya imagina, como siempre, el desenlace: la expresión alarmada, los músculos rígidos, el miedo que arruga las cejas y contrae los labios.

Maximiliano escucha los pasos sobre las hojas secas que han logrado volar del fuego. Entonces saca las manos de la cara y advierte que alguien se

acerca. Después deja que la memoria constate que ese hombre al que nunca vio antes está frente a él por un motivo que no es casual, que en el caos tiene un origen que responde a un orden primario y fundamental de su existencia. Acaso no importa el motivo, no tiene trascendencia en la dimensión que él entiende; ese hombre viene hasta él para darle un fin y no hay nada más premeditado y lógico que ese fin. Sabe que está frente a él porque responde a un mandato que ha recibido de un enemigo, un rival que no tuvo en cuenta cuando decidió volver a Empalme a enterrar a Patricia.

Esa ironía es la que lo hace sonreír frente a la sorpresa de Lobo, que decide dejar pasar por alto esa extrañeza –aunque presiente que no va a ser como otras veces– para terminar con todo rápido y así evitar alguna presencia indeseable, llamar la atención o extender demasiado el desenlace; Lobo considera piadosa la rapidez. No deja de mirarlo, esperando que algo ocurra por inconsciencia o audacia (Lobo sabe que la audacia y la suerte son una mentira, que la demencia o la supremacía son los elementos que deciden la muerte de uno o de otro). Apunta al medio de los ojos. Ya no ve qué está detrás del final de la mira, una mancha borrosa que pronto caerá entre el humo y el estampido. Desliza el dedo en el gatillo y una nube negra, inesperada, cubre su vista, un mareo que le nace desde el interior del cerebro y lo hace tambalear. Trastabillando, cae sentado al césped mojado, aún con el fierro dudando entre las manos. *El tío Abel*. No puede incorporarse, espera quieto que las imágenes vuelvan a su eje. *Es mi alma que se quiso ir con él*.

Lobo levanta la vista y oye su propia voz.

Te tenés que ir. Andáte. Me garparon para que te haga boleta.

Gracias.

Lobo oye los pasos veloces que se alejan por la cuadra, pero aun así sigue hablando, siente la obligación de decir lo que ahora sale de sus labios.

Yo tengo que volver a Santa Fe. Creo que le pasó algo a mi vieja.

Avanza lentamente, torcido, en la misma dirección de su víctima, pero sin la intención de perseguirla, como si en la estela de esa huida debiera huir él también.

Lobo camina, como tantas veces, por calles desconocidas. Respeta el método de nunca hacerlo en línea recta, doblando en todas las esquinas posibles. Aturdido, deja el fierro tirado en el hueco de un árbol y sigue vagando, esperando encontrar el refugio de la parada del colectivo que lo llevará a Rosario, a la Estación Terminal de Ómnibus y de allí al reencuentro con el Salado –cuando piensa en Santa Fe piensa en el río, en el rancho, y ahora, de forma dolorosa, en su madre–.

Unos metros delante se detiene un auto, el hombre que liberó la correa para que corriera hasta la presa. Considera escapar –está a pie, confundido–, pero sabe que es inútil. Se acerca hasta la ventanilla del coche.

¿Qué hiciste, boludo? ¿Qué te pasó?

¿Por?

Porque no pasó nada. Me quedé esperando a la vuelta y lo vi al chabón volviendo al velorio.

Sí, es que no pude.

¿Cómo que no pudiste? ¿No eras tan bueno vos?

No, pude. Se trabó el fierro y se enfrió todo, entonces pegué la vuelta. Mañana lo hago.

No pelotudo, qué mañana. Lo hacés ahora. ¿Vos estás loco? ¿Querés que nos maten a los dos? Subite que te llevo de vuelta hasta donde está el tipo.

Pero volvió al velorio.

No importa. Esperamos.

Sube al auto. En su espalda, con cinta adhesiva, esconde el cuchillo que ahora cae sobre su mano derecha. El peso cierra la mano sobre la empuñadura y la hoja golpea contra un anillo, un chasquido que oyen ambos, pero que no los inquieta, un sonido cualquiera, un papel que se embolla en el asiento, una botella vacía que ha golpeado contra el

matafuego que rueda por el piso. Cuando el auto estaciona, actúa. El otro, concentrado en la maniobra, no lo espera. Aún si estuvieran quietos, mirándose a los ojos, no podría anticipar el movimiento. Lobo lo empuja desde la nuca contra el volante y entierra el cuchillo en los pulmones, lo hace para que ya no puedan hincharse, para que el grito sea doloroso, imposible. Ahora no mira dónde se apoya la hoja, solo percibe en los dedos la imperceptible tensión de la garganta, y da hacia atrás el tirón. Se limpia las manos en la campera ajena y sabe –siempre lo sabe, por instinto, o porque antes de entrar a algún lugar mira hacia todos los puntos posibles– que no lo ha visto nadie. Piensa que el auto está en la oscuridad necesaria, que debe bajar distraído, como si fuera a comprar cigarrillos o a mear detrás de los árboles. Se va caminando despacio, en busca de la parada de ómnibus. Oirá desde adentro del refugio el estruendo de los camiones que desfilan por el asfalto –estará escondido, mojado, tiritando–, las bocinas graves de los trenes de carga que resuenan antes de llegar al cruce. La luminosidad inconfundible del micro le devolverá la calma y a la vez la angustia del regreso, la memoria del presagio que aún le recorre las venas y lo estremece. Subirá sigiloso y se esconderá en el último asiento, dejando resbalar la espalda hasta el borde bajo de la ventanilla. Arranca. El camino se abre en un surco negro sobre la llanura. Lobo vuelve. Vuelve también a él, a su origen, a la materia marrón de la que está hecho.

Alejandra, Luca y Maximiliano ven el amanecer desde el vehículo que bordea la costa, el camino plateado que se dibuja en el agua hasta las islas. La circunvalación, el Fonavi, los autos pequeños que cruzan en dirección contraria bajando por las colectoras, la maqueta prolija de la impiadosa tribu de la que son solo una porción. Empalme lo es, Rosario, Buenos Aires, el mundo que no conocen ni jamás conocerán, y ese sol que se agranda, que los abstrae por un instante y los lleva a un lugar distinto.

Maximiliano mira los edificios. Imagina a la gente que vive allí, que puede levantarse en las mañanas y ver desde los balcones, desde las ventanas de las cocinas y los baños, la fotografía que se agranda en su camino, ignorando que son los edificios desde donde Lobo también veía el reflejo de los astros en el Paraná. Entran en Rosario y los recibe el túnel de árboles gigantes que oscurece el empedrado de la Avenida Belgrano; la hojas resumen la luz, los barrotes dorados que se van perdiendo al final de la calle.

Luca duerme, abrigado por el abrazo de su madre. Acaso siente también la ilusión de calor que sube con el alba, con el color que va cambiando las cosas.

Ladean las dársenas, los galpones donde se pudren los viejos granos, los barcos secos. Alejandra detiene la mirada en la paz que sugiere la expresión de su hijo en el sueño y el fondo que combina con eso: el río azogado que se ensancha hasta el puente enorme y milenario.

A su lado, Maximiliano también lo observa.

Mirá que cerca que están las islas. Desde acá pareciera que se puede llegar caminando.

Es que está bajo el río.

Maximiliano le sonrío. Acaricia el flequillo de Luca que cae sobre los ojos, haciendo temblar los párpados.

Mirá cómo sabés. ¿Sos pescadora?

No, pavo, todo el mundo lo sabe. Cuando está bajo, las islas ganan más terreno y parece que se acercan a la ciudad.

Alejandra deja pasar un breve intervalo sin palabras para recoger la totalidad del recuerdo.

Un día del amigo fuimos con mis compañeros de la facultad al camping de un sindicato, en el río. Tenía una playa enorme, hermosa. La arena era blanca; no parecía arena del Paraná. El río estaba bajo, muy bajo. Unas minas de mi curso nadaban. Se habían criado en los clubes de la costa. Nos desafiaron a todos a nadar hasta un codo. Estaba a unos cien o ciento cincuenta metros. Primero fuimos con la corriente a favor; fue fácil. Habremos tardado cinco minutos. Llegamos a un codo de cemento, alto, que llegaba hasta la cima de la barranca. Arriba había unos tipos pescando.

El regreso fue diferente. Caminamos hasta dónde hacíamos pie y después empezamos a nadar. Quedé última. Con brazadas largas, cortas, pataleando, no había forma de avanzar. Tomé como referencia una lancha anclada, estaba a unos cuarenta metros de la costa, río adentro, yo y la lancha, pero cada vez que levantaba la vista estaba más lejos. Ya estaba tragando agua y sentía el cuerpo cada vez más pesado. Intenté por abajo del agua, pero me dio mucho miedo. Nadaba sin parar, lo hacía con fuerza, estaba decidida a no rendirme porque sabía que si paraba, me ahogaba. Pero era inútil, no avanzaba.

¿Cómo saliste?

Me vieron desde la costa y fueron a buscarme con un bote. Me aferré a un extremo y me arrastraron hasta la playa. Cuando salí del agua estaba roja de vergüenza. Ahora pienso, nunca lo había hecho, que podría haber muerto ahogada y no hubiera tenido a Luca, ni te hubiera vuelto a ver a vos, ni estaría acá, esta mañana, volviendo a mi casa.

Pero estás acá.

Sí, estoy acá.

Se alza sobre ellos la postal de Rosario, los cañones de las baterías belgranianas, el monumento enrejado en la cima, para evitar que se tiren de allí los suicidas; un veterano de Malvinas se tiró de allí. En la ciudad todos lo saben. Los cruza en el semáforo una manifestación en el medio de la calle. Los jóvenes que llevan sus gritos al símbolo, a las miradas de los pocos turistas porteños. Llevan banderas y caras que van a pasear en un vaivén, encuadradas en afiches con sus nombres y fechas. Afiches con rostros sonrientes o serios, foto viejas, con el cabello recogido, ausentes, incrédulas de lo que está pasando por debajo. Desde el auto detenido, al pie de la marcha, ellos los miran con culpa, una culpa que no entienden y que no pueden borrar, pero que reconocen legítima y fundada, una culpa transmutada en pena, que viene con la primera luz del nacimiento en este mismo suelo. Los manifestantes caminan por el empedrado hasta que uno de ellos toma el megáfono y dice algo que todos alientan, pero que no quieren oír. Lo harán hasta que cese la voz y se vayan silenciosos, con las banderas enrolladas, cuando la tarde y los edificios se coman las luces y el río termine por detrás de la estación fluvial, allí donde toman café y cerveza a espaldas de la ciudad.

Epílogo

Lobo

No estaba completamente dormido. Ella conocía la diferencia del sueño profundo, el ronroneo sobresaltado que podía oír a pesar del llanto. No estaba dormido: el ceño fruncido, los puños cerrados en la sábana.

Ella estaba parada entre la cuna y la cama, mirando a ambos lados. Indecisa, inquieta, respirando acostumbrada el alcohol rancio de la transpiración. El llanto cada vez más estridente, cada vez más alto, aun cuando lo había mecido en la falda y paseado ya por toda la habitación.

El tercero de los chicos, el que había nacido cinco años antes que el bebé, desde el colchón ladeado sobre la pared, tardaría mucho tiempo en comprender cada parte absurda de la imagen que tenía frente a él: su madre parada junto a la cama, acercándose a la cuna con la almohada en las manos.

Horas después las sirenas rondaban las copas de los paraísos que cubrían los pasillos. Lobo asomaba su mirada, la escondía de los policías que caminaban frente a su casa, apenas corriendo la cortina. No hacía falta esta vez entrar en cada rancho, sacar de los pelos a todos. Ya estaban claras las cosas, la mano que había ejercido la presión, que había intentado esconder el despojo en el baldío lindero, envuelto en una toalla; descubierto el matador por sus propios llantos y los gritos acusadores de los vecinos.

Era la mujer de su compadre. Él estuvo en ese mismo cuarto, húmedo y rancio, cuando esa misma mujer había sufrido una hemorragia. Su amigo lo buscó desesperado, llorando, sin saber qué hacer. Fue hasta ella resuelto, como si hubiera practicado cada paso de lo que después haría de una forma inconsciente: sostuvo el cuerpo tembloroso, parado sobre la palangana, mientras la sangre caía a borbotones por la piel. En ese momento entendió que nunca había visto algo así, que él también hubiera corrido

hasta la casa vecina para buscar ayuda, apartando los gritos de dolor y de susto para pensar.

La mujer irrumpió por detrás de la cortina, con los brazos doblados en la espalda. Una policía le cubría la cara con la camisa, como si nadie la conociera. Hubo algunos manotazos, insultos. Lobo intentó los últimos disparos contra la sombra de ese odio que insistía en meterse hasta sus huesos.

Un asesino probablemente –seguramente– se levantaría con la tortura de un despertador, apoyaría los pies calientes sobre el piso helado, caminaría confundido por la pieza hasta el rincón de la palangana, miraría la espuma y la sangre caer en giros, y volvería a escupir sobre eso, para ver más espuma y sangre. Se mojaría la cara y en el espejo enclenque volvería a la certeza habitual y cotidiana de que es un asesino, que nació siéndolo, porque lo es desde que tiene uso de razón. Se preguntó también si un asesino tendría familia y probaría a pelotazos las aptitudes deportivas de un hijo, si odiaría y amaría a la vez a su mujer, si la esperaría sentado en la puerta, cuando oscurecía. Pero la sensible diferencia entre dos hombres, un asesino y el otro, estaba quizá en algo más íntimo y menos visible. Esencialmente en el hecho de pensar cómo quitar la vida de otro con total eficacia. Como si fuera un oficio, un menester honesto y práctico, como un zapatero que se sienta frente a un mocasín y estudia sus costuras, estira los labios de la rotura para ver hasta donde deberá coser o pegar.

Se desplomó sobre el catre, las manos rozando la tierra fresca. Buscó con la mirada los hilos brillantes que se filtraban en el techo. Las voces se iban acallando, los motores se apagaban en la distancia. Para él empezaba el día interrumpido. Horas más tarde, pedaleando por la circunvalación hasta el centro, saludando con la cabeza en la puerta de cada negocio, cargando en el camión las botellas de plástico, los cartones, los restos que la ciudad escupía hasta la madrugada.

No recordaba las calles atestadas, los autos desfilando pegados por el empedrado; solo reconocía la ciudad vacía y en la distancia su nuevo hogar, un barrio distante, de calles de tierra y zanjas, un barrio silencioso y vedado por la noche para los que no podían entrar.

Salía a las nueve de la noche y volvía de mañana, después de haber cargado el camión. Al mediodía cobraba y con eso comía; aún le sobraba para vino y tabaco.

Ese día, el de la muerte del hijo de su compadre, el dueño del camión suspendió el trabajo. No irían al centro, no habría recolección hasta la mañana. Le dio la espalda, sin protestas, la mente en blanco. Solo la inercia del cuerpo hacia adelante, en busca de la bicicleta, en busca del destino inmediato para esa noche que se ofrecía sin rutinas.

El hombre lo llamó.

Che, ¿querés venir a la cancha con nosotros? Vamos a ver al “Negro” que juega con Racing. Los muchachos de la hinchada te pagan el asado, después en la tribuna hay vino, pucho, lo que vos quieras.

Movió la cabeza rechazando la invitación.

Dale, hombre, vení, nos vamos a cagar de risa. Si estás al pedo, dale.

Imagino la extensión de la noche, el calor y los mosquitos que cercaban el catre. Los ladridos, los grillos anunciando nada.

Subió la bicicleta al camión.

Había vivido de chico en el barrio Centenario, antes de mudarse con su madre a la vera del Salado. Recordaba cómo desde las ventanas cuadradas del complejo veía el estadio, las hinchadas visitantes caminando a campo traviesa, custodiadas por la Guardia de Infantería. También recordaba otras cosas que debía guardar en otros cajones, pero que se cruzaban con el nombre, con las primeras imágenes de ese barrio: los pequeños santuarios en las esquinas, los colchones flotando, el agua subiendo impiadosa y las gentes contando las ventanas que iba cubriendo, la medida lenta de la desgracia.

Ahora volvía a su viejo lugar, colgado de un camión harapiento, con la cara firme, azotada por el viento un poco más fresco. De lejos nada había cambiado, el color de los muros un poco más lijados, cubiertos de leyendas. Más árboles quizá, sauces refrescando el costado de la circunvalación –lo imaginaba de tarde, las tardes de su primera infancia, haciendo puntería con los gorriones, jugando al fútbol hasta que la luz natural se desvanecía– los muchachos apoyados en la base de los troncos, fumando marihuana y tomando cerveza.

Lo encerraron en una columna humana, aturdida de beats y redoblantes, vestida con banderas. Fue caminando sin entender demasiado qué hacer, saltando cuando la multitud lo obligaba a hacerlo. Minutos después, tras cruzar un portón cercado por un puente de policías y desconocidos, se abrió paso en la tribuna y por primera vez, tan cerca, el césped deslizándose bajo la luminosidad de las columnas, el rugido, la exaltación desbocada y auténtica. Lobo se sentía ajeno, un visitante, pero estaba atraído por el ritual, por la mezcla de violencia y fidelidad. La noche lo fue llevando, se animó al grito y al canto, a la identificación con el color –eso era tácito, un pacto que había firmado antes de subir al camión–, al vaivén emocional de la muchedumbre. Ya conocía que en ese caos había un orden, una jerarquía. Lo sabía del rumor de la calle, de las cosas que se consideran existentes, sólidas, sin poder comprobarse. Pero estaban allí, confirmando su conocimiento. Los hombres parados en los hierros, el rango que se notaba en las voces, en el sendero que se despejaba a sus pasos. Lo presentaron. El hombre que lo había llevado conocía su historia. Lobo no supo si lo habían mentado, si los hombres recios y toscos que le estrechaban la mano conocían su pasado. Algo en el tacto, en el ánimo que sugerían las miradas, mostraba un suelo común, una estirpe, una pertenencia a la que nadie de los que rodeaban la reunión podía aspirar.

Volvió con el camión hasta el comienzo de las calles de tierra y de allí en bicicleta. Prometió volver, viajar a Rosario el próximo domingo a

una parada difícil; la promesa fue recibida con satisfacción. Una noche, solo una noche, y ya no había intermediarios ni terceras voces. Sabía que con el tiempo vendrían otras cosas: nuevos trabajos, otro devenir. Sabía que con el tiempo sería necesario, aunque compartiera las habilidades con otros.

Los mercurios se opacaban entrando al descampado, la luz era ahora amarilla y tenue. La ciudad se revelaba lejos como una galaxia caída. Entró al pasillo, despacio, sosteniendo el cuerpo que se tropezaba con la bicicleta y con la pesadez de los miembros anestesiados por el alcohol. Había aprendido a reconocer su puerta en un universo de puertas iguales – aberturas vacías, cortinas de tela– a cruzar en silencio, con los ojos acostumbrados a la penumbra. Antes de ingresar miró, frente a él, la casa de su compadre. No estaba a oscuras. Podía oír un murmullo, un televisor prendido, la voz de alguien susurrando penas. Se decidió. Corrió levemente la cortina y pidió permiso. Estaba sentado en la cama, llorando, con los brazos sobre las rodillas cubriéndole la cara. Lo miró y asintió, aceptando la compañía. Lobo estaba incómodo. Hasta ese momento en el que había tomado el coraje para traspasar la cortina, no había reparado en lo que debía decir, en cada uno de los movimientos o los gestos que eran correctos en esa situación. Tomó un banco que se perdía en el rincón de la habitación y lo arrastró hasta su amigo.

Los chicos están en la casa de mi hermano; no quería que se quedaran acá. Pero yo no puedo irme. Iba a pedirte que cuidaras la casa por si me quieren afanar, pero quiero quedarme.

Lobo respondía con los párpados, las manos descansando en medio de las piernas. El sopor del vino se había ido, sentía el calor subiendo por la nuca, transpirando las flexiones de los brazos. La cuna estaba allí, el fantasma de la imagen de esa mujer haciendo presión hacia abajo, hacia el pequeño colchón de la cuna que él no alcanzaba a ver.

Está bien que la metan en cana, que se muera en la gayola. Pero yo qué mierda hago, qué hago con los chicos, compadre. Tu ahijado es grande,

dentro de un par de años se las va arreglar, pero los otros son chiquitos. Qué mierda hago, compadre.

Se acercó hasta el llanto, con el banco entre las manos. La cabeza temblorosa sacudiéndose en cada espasmo, en cada gemido. Lobo la recibió. Primero fue una caricia leve, un roce. Después entreveró los dedos en el cabello crespo, apretó con la yema de los dedos hasta tocar con firmeza el cuero. El llanto se hacía más intenso, más sentido. Entonces se arrodilló frente a él y lo abrazó. Lo atrajo hasta el pecho y lo apretó con fuerza. Perdió la reticencia a la caricia, a repasar con sus manos la espalda. Apoyó el mentón en la frente de su compadre – ahora gritaba, se desahogaba– y buscó la frase, la hilvanó con cuidado, con dudas. Cerró los ojos y olió la transpiración del cabello, el perfume nocturno de los espirales que llegaba desde afuera.

Todo pasa, amigo, todo pasa.

Maximiliano

Todo es una espera. Alguna vez había pensado en esa frase después de haberla escuchado de otra voz; la adoptó como propia. Sería más tarde una reflexión ante los demás y un dogma para él, una verdad rígida y reveladora.

También –la vida o lo que fuera–, era suerte. Pensó. La existencia de todos es espera y suerte; a veces una es consecuencia de la otra.

Los pusieron en fila al costado de la ventanilla, donde un hombre obeso –ojeras de sueño, de calor– sellaba los pasaportes que autorizaba el oficial de cacheo. Maximiliano estaba a la mitad. A los costados, gendarmes y los perros que olían los paquetes y las valijas, que podían oler también el terror y el pánico de los que como él rogaban que el dedo no los señalara.

En Ezeiza revisaban los bultos pasajero de por medio. Bastaba con elegir el lugar preciso o cambiarlo a tiempo. Allí no. La aduana brasilera abría la frontera como la tranquera de los animales que van al matadero. Cien metros más allá, los gendarmes argentinos estrechaban el paso. Los elegían a dedo para revisarlos. Por la cara, por antecedentes, porque ensayaban en la mente algún juego infantil para achicar las opciones. Quien perdía una semana, debía esperar hasta la otra a que cambiaran la guardia. Nadie se dejaba sobornar barato en la frontera.

No había otra forma de cruzar. Primero el puente de Uruguayana, con custodia; de madrugada era imposible hacerlo sin ser asaltado. Después hacer la cola y confiar en la suerte, o al menos en el instinto. Elegir el momento en el que pasaba más gente, cuando los gendarmes comían o cuando había algún partido de fútbol.

Había probado ya subir a colectivos de turistas, pero a ellos les revisaban todo para poder robarles.

Una de cada diez veces perdía. Una de cada cinco. Tenía que cruzar una vez a la semana para ganar plata. Llevar la mercadería hasta Buenos Aires, venderla antes del lunes y separar el costo del próximo viaje. Solo comerciaba electrónica y algunas rarezas que ya no entraban en la Argentina.

Faltaban cuatro. Intentaba seguir ciertas reglas que se había establecido, como si de ellas dependiera el éxito. No mirar a los ojos a los gendarmes. No transpirar. No llevar bultos demasiado grandes; armarlos con bolsas de consorcio para que los de cacheo se apenaran al romperlas.

Si pasaba esta vez dejaría de hacerlo por un tiempo. Buscaría un trabajo tranquilo en la costa, durante el verano. Visitaría a Alejandra en el sur. Los viajes lo agobiaban. Un amigo hacía la ruta a Bolivia para comprar ropa y venderla en la Salada. Todas las semanas tres días de viaje, en colectivos maltrechos, a veces sin aire acondicionado. Se había arriesgado ocasionalmente a pasar hojas de coca; él ya no lo haría.

Tres. Vio irse al anterior con la valija intacta y un bolso pequeño, casi de mano. Imaginó por la apariencia que era un argentino que trabajaba en Brasil, que volvía a Misiones a reunirse con su familia, que ya hablaba las dos lenguas y que a pesar de extrañar, miraba con simpatía el trato de las mujeres brasileñas; más cándidas, más dulces.

El tres estaba perdiendo. Sacaban los discos de los bolsos, los dispositivos, separaban el secuestro en un canasto. Los odiaba. Cualquier otra circunstancia le hubiera parecido justa; no esa. No los milicos que se quedaban con la mercadería incautada, la que ellos mismos comerciaban en las ferias de Posadas o en Córdoba, cuando se trataba de cargas importantes. No la compartían. No les convenía arreglar, ni jugar con civiles. Siempre alguno iba a caer, siempre iban a sacar más provecho de lo que perdían.

Uno. Familia de Misiones. El que estaba atrás suyo le jugó una cerveza a que revisaban las mochilas a los chicos. No aceptó. Sabía que iba

a ser así, y así fue. Cualquier cosa servía para contrabandear. El rodete de las mujeres, cinta adhesiva en la espalda, bolsas de abono.

Había escondido todo en medio de la bolsa, nunca en el fondo, para evitar que le patearan la mercadería. Hacían eso. Sabían que se trataba de aparatos sensibles. Puntapiés a las bolsas, con saña, con los borcegués pesados; esperaban oír el chillido del plástico roto.

Todo lo tenía envuelto en polietileno, emparedado en pequeñas cajas de telgopor que le hacía una amiga en Zárate. Había que abrir las bolsas, separar la ropa sucia y los paquetes de alimento, para poder encontrar lo que escondía.

Tiempo atrás llevaba desde la Argentina lanza-perfumes. Los brasileros deliraban por eso. Se lo rociaban encima de la ropa y lo aspiraban; era un golpe, un tren que arrollaba sin dolor; después un zumbido y la extraña sensación de estar perdido. Estaban prohibidos en Brasil, pero se fabricaban legalmente en los países limítrofes. Era fácil. Nadie los revisaba. Pasaba la aduana propia sin inconvenientes y la brasilera con más celeridad todavía. Al principio los llevaba atados a la cintura. Después en un bolso, para duplicar la carga. Hasta que alguien lo entregó. Lo llevaron colgando de los brazos y las piernas hasta un descampado, detrás de la aduana. Reían, no podía entender lo que decían entre el portugués y las carcajadas. Le pegaron hasta que no pudo ni llorar. Orinó sangre. Después lo detuvieron en una dependencia policial y estuvo en un rincón, con una púa en la mano, esperando que los demás presos lo atacaran. Odiaban a los argentinos. Allí, en Paraguay, en Perú. No había que perder allí; significaba, tarde o temprano, la muerte. A los días lo soltaron y jamás volvió a hacer ese trabajo.

Lo llamaron. Puso la bolsa sobre el mostrador. La tocaron a los costados con el canto de un machete, apretaban el bulto en las puntas. La recostaron en el suelo. Sabía que perdía. No había manera de que no la abrieran. Cuando decidían a quién dejar pasar simplemente le señalaban el

fondo del salón. No había ceremonia, ni amagues. El oficial de cacheo salió a la plataforma. Otro gendarme armado se le acercó. Lo miraba de reojo, ceñudo, como esperando la excusa para explotar. El oficial volvió con uno de los perros y lo hizo oler la bolsa. El animal la recorría agitado, bufando. Si la abrían para que el perro metiera el hocico, se perdía el milagro. Maximiliano sudaba –no debía hacerlo, tampoco mirar a los gendarmes fijamente, y sin embargo estudiaba cada gesto esperando anticipar de alguna manera lo que tramaban–, con los brazos en jarra, tratando de fingir la tranquilidad que se fugaba de los músculos. El oficial se agachó delante de la bolsa, la abriría de una vez para terminar con la sospecha. Pero eso no pasó. Tomó al animal del collar y lo alzó hasta las rodillas para alejarlo. Le pidieron disculpas y le señalaron la salida. Tomó un remisse hasta Paso de los Libres y de allí el primer colectivo hasta Buenos Aires. Se relajó y sintió por primera vez en el viaje la satisfacción que deja el riesgo cuando ya se ha ido, el sedimento de la adrenalina. Cerró los ojos y creyó estar en un lugar más vivo, una ciudad con carteles brillantes, con mujeres ajustadas a su ropa, autos largos y plateados. Surcó esa ciudad en su vehículo, bajó la ventanilla y resistiendo con soltura el viento saludó a todos: a las mujeres, a los muchachos humildes que abrían las puertas de las limusinas, a los borrachos que bailaban con una mueca atroz en las veredas de los casinos. Su último viaje, al menos hasta el próximo otoño. Podía ser mozo en la costa, llamar a alguno de los amigos de provincia para procurar cualquier cosa; una barra, un parador.

Abrió los ojos. Nada afuera. Oscuridad. Las cosas estaban donde uno las deseaba, acaso no existían en ese mundo, no se iban a constituir hasta que él las inventara, hasta que volviera a cerrar los ojos, sin dormirse, sin perder el control de los sueños y volviera a dibujarlas.

Bajaron en una estación perdida, los surtidores viejos, oxidados. Un bar oscuro. Comió con ganas y bajó una botella de cerveza como si fuera agua. Pidió otra más. Esta la disfrutó. Esperó a que el chorro aceitoso y

fresco bajara por la garganta, que las burbujas se devolvieran a la boca. Cuando todos volvieron del baño, subieron al colectivo para seguir. Luchó con el sueño unos kilómetros más y se durmió con aquella ciudad en su cabeza, la ciudad a medio construir.

Alejandra

Los cordones húmedos, el barro y el hielo abrazándose en las acequias, las calles resbalosas y grises. No existía el manto de nieve que patinaba las veredas, que moldeaba altura en los techos de los autos, las montañas blancas rodeando las puertas y los semáforos. Creyó que sería así, la ciudad que había imaginado desde que fue construyendo el deseo –las noches antes de llegar, la nueva ciudad que iba cambiando con los retazos de los lugares que fue cruzando en el camino–, la ciudad que fue tomando forma hasta consumir esa realidad que ya era Río Gallegos, las casas humildes de madera, los plásticos empañados por el calor de las estufas. Solo faltaba la nieve, que todavía se negaba, justo en ese invierno. Ellos la esperaban para completar la fotografía.

Plegó las solapas del abrigo hasta el cuello y cubrió el cabello mojado con la capucha. El sol recién saldría al mediodía, cuando estuviera aún envasando las anchoas frescas, aspirando el hedor que parecía acompañarla después hasta la cama. Caía a las cuatro de la tarde tras el horizonte y durante esos meses su vida era una noche, una extensa y fría noche que solía cubrirse de luces que pendían de las fábricas, luces tenues y melancólicas que le recordaban el puerto de Rosario, el amanecer en el puente que cruzaba a Victoria, las barcas de los pescadores que salían dormidas desde las orillas. A veces la aplastaba tanta oscuridad, tanto sin camino, apenas los hilos brillantes que entraban por el ventanal del baño de la fábrica durante la siesta.

A las seis pasaba el colectivo para llevarla a su trabajo. El hueco que se abría desde su abrigo solo esperaba el Mercedes deshecho que arrastraba un surco de suciedad sobre la calle, las caras escondidas tras las bufandas, el óxido del tiempo. Ese puñado de espantos aparentes que la acercaban a la

piedad distante de los demás –la piedad de Maximiliano, la de su madre, que recibía las cartas como si las enviaran desde la cárcel o desde el frente de guerra–, todas esas desgracias que no eran suyas eran su regocijo, su sonrisa, el frío quemándole la cara en el camino a casa, el abrazo de Luca al final del regreso.

Habían llegado una madrugada de otoño, con la incertidumbre vencida por el estímulo del deseo. En esa secuencia de memorias las ciudades no tenían orden, sí los recuerdos. Viajaron desde Buenos Aires todo un día y abrió los ojos en Caleta Olivia; llegaron desde el aire, de noche, apareciendo detrás de un cerro, volando por encima de las estrellas amarillas que brillaban tras las ventanas transpiradas. No había edificios, ni construcciones de altura, solo las casas acurrucadas llamándose con la luz.

Horas antes habían confirmado aquello del azul de los lagos, el color intenso de un cielo terrenal entre los marrones y grises de la tierra. Puerto Madryn. Los graneros en la costa, los silos, los barcos mercantes que volvían al océano. Su padre solía embarcarse, meses en altamar, pisando calles extrañas que a veces no pertenecían a una patria definida, a una lengua precisa. Traía de esos viajes regalos inesperados: telas exóticas, cajas de música, aguardientes. Lo esperaban como a Melquíades, como a Marco Polo. Soñó muchas veces recortar el mar recostada en la baranda de la popa, ver cómo el oleaje acababa en un piso sereno de agua que llegaba hasta detrás del mundo. Lo volvió a soñar despierta, mientras el colectivo salía de los andenes de Retiro, y envolvió la cabeza de Luca con sus manos para que el sueño necio no le entrara por las orejas, para que se quedara con ella en la edad de las cosas incumplibles.

Cruzaba todos los días el centro desierto, las tiendas sacando a la vereda las estructuras de metal con la mercadería, los cajones de cítricos. Un cine que se atestaba los fines de semana, los carteles luminosos que escondían una urbe áspera y reprimida. Los compañeros de trabajo le señalaban la casa del gobernador. Ahora podía ser presidente, podía llegar a

la capital y pasear su aire ingenuo y provinciano por los pasillos de la casa rosada.

Ató el pañuelo a su cabeza y dejó correr la cinta que llegaba con el brazo de anchoas brillantes. Empezó a rodearlas con los guantes; ya no precisaba contarlas, sus dedos seleccionaban cinco, el tamaño ideal de cada una de ellas para entrar en la lata. A semanas de instalarse, de expedicionar por los márgenes de la pensión, encontró ese puesto en un aviso del diario y con solo una entrevista ya tenía un contrato y el respiro, la red que se encontraba al final del salto al vacío. Meses después consiguieron un alquiler accesible, una casa alejada del centro. Frente a ella un espejo artificial se congelaba en los inviernos, y los pibes patinaban allí, se fotografiaban con el fondo vacío del horizonte para fingir la Antártida. Estaba a su paso, cruzando el umbral, y Luca chequeaba a diario la dureza del agua, como ella lo hacía con toda esa nueva vida, ese complot de novedades que no terminaba de definirse por algo sólido y estable. Pero allí estaban, en el torbellino del deseo, en las gateras. Con la felicidad amagando de nuevo y ellos con los brazos abiertos, sin importar lo reciente, la cíclica y acostumbrada manera de terminar en el fracaso.

Esperaba las vacaciones. Dos semanas en el verano. Desde que habían llegado solo había podido disfrutar el viaje y algún domingo en el que no pudo vencerla el sueño. Pensaba con satisfacción que a solo trescientos kilómetros, cruzando hacia la cordillera, estaba el glaciar, los lagos que eran como el cielo para los pájaros.

Habían bajado de mañana en San Julián. Su hijo dormía en el coche, bajo un alud de camperas y mantas. Ella bajó en la estación, junto a un lago que en la luz solar era una mancha de tinta intensa y brillante. Esperó que la imagen no se moviera, que todo siguiera allí para confirmar el acierto, la nueva geografía que lo vería crecer, que la vería avanzar por el sendero más limpio de piedras y de cardos. Se detuvo una hilera de vehículos, camiones con jaulas, carteles con colores y anuncios fileteados. Un circo. Frente a

ella, el lago de fondo y un tigre que dormía en una de las jaulas. Un tigre blanco, el pelaje esponjoso y claro que resaltaba sobre el lago como en una pintura viva. Se acercó. Vio la serenidad, los bigotes que se alteraban con el viento, las garras sosteniendo la cabeza bella e imposible. La simple violencia natural, salvaje, y esa resignación odiosa e incómoda. No quiso pensar en lo último. Imaginó al tigre rompiendo la cadena en medio del espectáculo, saltando hacia la multitud tan solo para rebasarla y escapar. La fiera se desperezó, mostró la barriga rosada y la miró. Entreabrió los ojos, las pupilas angostas rodeadas de tornasoles y manchas, y la miró con indiferencia. Sintió un escalofrío cuando se cruzaron, sintió el cenit, algo que más tarde llamaría, en la repetición cansadora de la anécdota, un orgasmo sin roce. Entonces comprendió que en una jaula, en la Malasia, en ese rincón fantástico del planeta, esa belleza era imbatible, inigualable, y ese día de la contemplación, como tantos otros, el animal había triunfado sobre todos por el sencillo hecho de ser siempre un tigre.

Sonó la sirena y el peso de la jornada se cayó de su espalda. Soltó las anchoas sobre la cinta y corrió a lavarse las manos. Junto a las cajas de los pescados que dejaban ya de ser frescos, pudo oler el mar, la sal pegada a las escamas, la brisa áspera y húmeda. Sin embargo, pensó, en Río Gallegos no podía verse. Había que viajar algunos kilómetros más hacia la costa, cuando en el inconsciente geográfico de todos –los que vivían en el litoral– Río Gallegos estaba junto al mar, sus márgenes cayendo en él.

Cuando llegó a la casa Luca volvía de la escuela. En ese momento nada importaba más que prestarle atención. A veces eran las once, la cena sobre la mesa, y ella con la ropa del trabajo, escuchando las historias que inventaba su hijo, los detalles sencillos de la calle que él había descubierto. En una de las tantas conversaciones le contó con asombro de las cruces rojas. Mirando desde el tercer piso de la escuela, a través de la ventana, había visto casas que tenían pintada en las tejas, o en el piso de la terraza, una cruz roja. No solo era el hospital militar, algún otro hospital –Alejandra

repasó el inventario de los edificios alrededor de la escuela—, sino casas de familia, negocios. Después averiguó. Durante la guerra de Malvinas, los ingleses habían amenazado con bombardear el continente. Pintaban esas cruces para salvar las casas.

Antes de prepararse para dormir fue a la pieza a buscar a Luca. Se había distraído lavando los platos, escuchando música. No estaba en la pieza. Fue hasta el baño, creyendo que estaba lavándose los dientes para acostarse. Tampoco estaba allí. Acaso fue un segundo en el que el mundo se derrumbó, solo esa fracción mínima de tiempo que no le dejó pensar otra posibilidad que no fuera lo peor. Cuando las lágrimas caían por las mejillas, escuchó la voz. Estaba parado en el ventanal, mirando el lago artificial.

Vení a acostarte, pavo, nos fijamos esta tarde y no estaba congelado.

No mami, mirá.

Se paró junto a él.

Mirá, mamá.

La nieve caía en un manto espeso y vertiginoso. Una cortina blanca que se movía con el viento. Nunca habían visto tanta nieve, nunca la posibilidad de abrir la puerta y tocarla, dejar que les cubriera el pelo.

Abrazó a su hijo y siguió mirando por la ventana. Imaginando cómo estaría la calle después de algunas horas, acariciando las manos pequeñas que rozaban las suyas, llorando un poco más.

FIN

